

"LA EUCARISTÍA FUENTE DE RELACIONES FRATERNAS"

De cara al compromiso social con la práctica de la justicia,
el ejercicio de la misericordia y la construcción de la paz.



**"Amor al prójimo,
caridad en el trato
con las hermanas.
Ser más concienzudas
en el amor fraterno".**

B. Madre Caridad

**RELIGIOSAS FRANCISCANAS DE MARÍA INMACULADA
PROVINCIA NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED
SAN JUAN DE PASTO – NARIÑO**

**RELIGIOSAS FRANCISCANAS DE MARÍA INMACULADA
PROVINCIA NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED**

“LA EUCARISTÍA FUENTE DE RELACIONES FRATERNAS”

**De cara al compromiso social con la práctica de la justicia,
el ejercicio de la misericordia y la construcción de la paz.**

P. Rafael de Jesús Campo Rojas, Eudista

San Juan de Pasto, 2018

"LA EUCARISTÍA FUENTE DE RELACIONES FRATERNAS"

De cara al compromiso social con la práctica de la justicia,
el ejercicio de la misericordia y la construcción de la paz.

"La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo?; y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?"

Entonces, si el pan es uno solo, también nosotros, aún siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan"
(1Cor 10, 14-17)(cf. 11,17-34; 12,12)

"Hagamos de la Eucaristía el centro de nuestra vida".(B.M. Caridad)

Iniciamos esta preparación con total apertura y docilidad a la acción del Espíritu Santo y les invito a asumirlo como "tiempo de gracia especial" que les posibilitará revisar su camino de Seguimiento al Señor como consagradas, desde el Carisma dado por el Espíritu Santo a través de la Madre Caridad, de vivir y anunciar el Evangelio y la promoción humana, desde el amor a Dios y al prójimo; y de manera particular, ver cómo está su proceso de conformación con Cristo presente en la Eucaristía.

Toda la vida cristiana y de manera exigitiva para la vida consagrada, tiene como fin y meta, la formación de Jesús en nosotros "Hasta que Cristo sea formado en ustedes" (Gál 4,19). Es todo un proceso, que exige apertura, disposición, ascesis, **esfuerzo y dedicación continua, contando con la ayuda de la gracia.**

El Espíritu Santo, es el verdadero formador de Jesús en el corazón creyente, por ello, Profundizamos en el Misterio de la Eucaristía y nos damos a él, para que así como fecundó el corazón y las entrañas de la Virgen Madre, forme a Jesús en nosotros, para que así, "conformados" con él, puedan vivir el lema de Madre Caridad: "Todo por amor a Dios y como él lo quiere".

Nuestra meditación y contemplación, estará centrada en Jesús Eucaristía y beberemos de tres fuentes: 1ª la catequesis de Pablo sobre

la Eucaristía en su primera carta a los Corintios y en la concepción joánica de la Eucaristía, 2ª el magisterio de la Iglesia y 3º en sus Constituciones.

1. **El contexto de I Corintios:** Corintio capital de la provincia romana de Acaya desde el año 27. Era una ciudad cosmopolita, foco de la cultura griega, con una variedad de corrientes de pensamiento y de religión. Como toda ciudad populosa, no está exenta de todo tipo de excesos y vida licenciosa; su templo principal estaba dedicado a Afrodita, la diosa del amor y se practicaba en él, la prostitución sagrada, haciendo de Corinto la ciudad del placer.

En medio de este ambiente pagano, seductor, extravagante, nace una pequeña comunidad Cristiana, sobre todo, en los estratos bajos. Influenciada por el ambiente, como es de esperar, esta pequeña comunidad pronto va a pasar por un sin número de problemas entre sus miembros: divisiones dentro de la comunidad (1Cor 1,10-4,21); desórdenes de tipo sexual(1Cor 5-6); influencias paganas y sus cultos (1Cor 8-10; 12-14); degeneración de las asambleas litúrgicas, en donde la Cena del Señor se celebra en un ambiente de insensibilidad e indiferencia hacia los más pobres (1Cor 11,1-34); resistencia de algunos miembros de la comunidad para aceptar la resurrección de los muertos (1Cor 15,1-58) etc.

2. **El motivo de I Corintios:** estando Pablo evangelizando en Éfeso (año 54-57), le llegan noticias sobre las divisiones internas y de escándalos en la comunidad e incluso, la misma comunidad le escribe a Pablo para consultar cuestiones de todo tipo: doctrinal, práctico, moral. Es toda esta problemática, la que genera la necesidad a Pablo de mantener un rico intercambio epistolar, que permita dar respuesta a las diferentes consultas que le hacían y buscar soluciones prácticas a los problemas... lo interesante de todo esto es que Pablo no se queda en meras respuestas, sino que, elevándose por encima de las trivialidades cotidianas, va más allá del problema o situación concreta y ofrece principios y orientaciones fundamentales de nuestra fe cristiana, haciendo memoria de Jesucristo muerto y resucitado. "Y así, con la fuerza y sabiduría de Dios manifestada en un Mesías crucificado, el apóstol amonesta, corrige y anima a su comunidad favorita a dar un testimonio diario

de unión, de solidaridad con los más pobres y necesitados, con los débiles y menos favorecidos, y ejemplo de una vida moral intachable en medio de una sociedad corrompida"¹

Entre los principios y orientaciones para la vida cristiana, nos interesa sobremanera la catequesis que hace sobre la Eucaristía, que profundizaremos.

3. La Eucaristía, su sentido y consecuencias según I Corintios (10, 14-17. 21; 11, 17-34)

"La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo?"

Entonces, si el pan es uno solo, también nosotros, aun siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan"

"No Pueden beber la copa del Señor y la copa de los demonios. No pueden compartir la mesa del Señor y la mesa de los demonios"

❖ **Sentido amplio:** su sentido amplio es acción de gracias y bendición y es utilizado en el lenguaje bíblico para expresar la gratitud, tanto en las relaciones humanas, como con Dios (Sab 18,2; Hech 24,3 – Mac 2,27; 1Tes 3,9; 1Cor. 1,14; Col 1,12) esta acción de gracias puede transformarse en oración de bendición al reconocer la acción maravillosa de Dios a favor de los hombres, como se expresa bellamente en Sab 16,28 y en el inicio del cántico de Efesios, cuando se contempla el plan divino de la salvación "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo..." y se convierte en la oración que anima la vida del creyente que sabe que todo es don Dios (cf 1Ts 1,2; 5,18; II Cor 1,11; Rm 1,8.21; 1 Co 1,4; II Cor 9, 11-15; 2Ts 1,3; Flp 1,3 Flm 4.).

❖ **Sentido litúrgico:** acción de gracias y bendición, son pronunciadas por Jesús, tanto en la multiplicación de los panes, como en la última cena y desde aquí, la palabra Eucaristía se utiliza en el sentido estricto para referirse a la cena del Señor como lo encontramos en

¹ Notas introductorias a I Corintios, de la Biblia de Nuestro Pueblo, Luis Alonso Schökel

los relatos sinópticos y en Pablo(I Cor 11, 23ss; Mc 14,22-25; Lc 22,15-20; Mt 26,26-29), todos ellos son reflejo de una tradición litúrgica, es decir, nos expresan la manera como se celebraba la cena del Señor en las primeras comunidades, desde la perspectiva pascual.

✚ Hagamos memoria de todas las bendiciones del Señor en nuestra vida: relee tu vida como una bendición. Anota las siete veces siete bendiciones más importantes que Dios te ha prodigado. Termina con una oración de acción de gracias, inspirada en el Magnificat.

- ❖ **La Eucaristía vínculo de unión:** Pablo, luego de dar un principio claro contra la idolatría y negar todo valor religioso a las comidas idolátricas, inmediatamente nos ofrece una orientación – catequesis – testimonio sobre la Eucaristía, como vínculo de unión de los creyentes con Cristo y la consecuente comunión de los creyentes entre sí: Uno con Cristo, uno con los hermanos, formando un solo cuerpo, desde relaciones basadas en la solidaridad.

La comunión con la sangre de Cristo, derramada por todos, me hace entrar en comunión con esos “todos”, desde una comunión de sangre, es decir de comunión vida que nos fraterniza y nos exige vivir en apertura y solidaridad; igualmente, participar del único pan partido, que nos permite entrar en comunión con el cuerpo de Cristo, nos hace miembros de Cristo, miembros de su cuerpo y por lo mismo, hace de todos los creyentes un solo cuerpo (cf. 6,15). Es toda la experiencia de koinonia: común unión, o unión compartida, en donde Cristo y la comunidad son inseparables: la fuerza de esta koinonia, está en el único pan partido, que se convierte en fuente de vida de donde beben todos y los hace uno: *“Entonces, si el pan es uno solo, también nosotros, aún siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan”*

La comunión con la sangre y el cuerpo de Cristo, que implica una relación íntima y estrecha con Él, nos lleva necesariamente a una experiencia de participación de lo que somos y tenemos: entregarse y entregar. Es toda la dimensión fraterna y social de la Eucaristía,

que meditemos más adelante: la Eucaristía, fuente de comunión fraterna; de justicia, misericordia y paz.

En su rechazo categórico a la idolatría y la participación de los creyentes en las comidas idólatricas, Pablo hace mención a beber la copa de los demonios y compartir su mesa. ¿qué nos quiere indicar con esto? Por un lado, ha afirmado que los ídolos son nada, que no existen (8, 4; 10, 19), sin embargo no desconoce la realidad existencial y la acción destructora del maligno, del demonio, que en este caso, los identifica Pablo con los ídolos; y la total incompatibilidad entre Dios y los demonios y el hecho por supuesto de entrar en comunión con ellos, o pactar con ellos...

Continuando con su orientación – catequesis – testimonio sobre la Eucaristía, Pablo aborda ahora, de una manera enérgica, un problema muy grave en la asamblea litúrgica: celebrar la Eucaristía en un contexto de división (ICor 11, 17-34).

No se puede celebrar la Eucaristía en un contexto de división: *“He oído que cuando se reúnen en asamblea, hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo...”* Esta división es de tipo social, al encontrarse para la cena, los más acaudalados se adelantaban y comían su propia cena *“Se adelanta a consumir su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se emborracha”* y cuando llegaban los más pobres que a lo mejor trabajaban todo el día, ya no había nada para ellos... por ello Pablo les dice: *“¿No tienen casas para comer y beber? ¿O es que desprecian la asamblea de Dios y quieren avergonzar a los que nada poseen?”*. Si la Eucaristía es fuente de comunión con Cristo y con los hermanos, este comportamiento es totalmente inaceptable para Pablo y por ello entendemos por qué es tan fuerte al corregir esta actitud y comportamiento anticristiano, que atenta contra la unidad y la comunión fraterna.

Es importante, para la mayor comprensión de la problemática, tener en cuenta el presente comentario: “No estamos seguros de si ya en los días de Pablo una comida fraterna –el ágape– precedía a la celebración

propiamente dicha de la Eucaristía, o si la Eucaristía tenía lugar dentro de la comida fraternal. Parece más probable lo primero”²

✚ ¿Tu experiencia de comunión con Cristo, que te hace una con él, te ha llevado a trabajar en tu unificación interior, es decir, a buscar una mejor estabilidad y equilibrio emocional? ¿La comunión con Cristo que genera en ti una unificación interior, te lanza a crear relaciones evangélicas con las hermanas de la comunidad y a construir la unidad dentro de la diversidad?

¿Qué hacer frente a esta situación que degrada todo el sentido profundo de la Eucaristía y no construye la fraternidad? Pablo apunta a lo esencial, a la institución de la Eucaristía, para que desde esta comprensión clara del misterio, se pueda corregir cualquier comportamiento indigno de la Cena del Señor: *“Yo recibí del Señor lo que les transmití: que el Señor, la noche que era entregado, tomó pan, dando gracias lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía. De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Cada vez que la beban háganlo en memoria mía. Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamaran la muerte del Señor, hasta que vuelva”* (I Cor 11,23-26)³.

Detengámonos a profundizar en cuatro aspectos que son fundamentales para la comprensión y vivencia de la Eucaristía:

1º. La dimensión cristológica: Se afirma la presencia real del Señor resucitado en el misterio del pan y del vino, no es un mero recuerdo, que evoca un hecho del pasado, sino que es la presencia viva y real de Jesús: *«El Señor Jesús, la noche en que fue entregado »* (1 Co 11, 23), *instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas*

² Comentario al Nuevo Testamento, La Casa de la Biblia. Por Miguel Salvador García, pg 469

³ Este es el relato más antiguo de la institución de la Eucaristía, ya que data aproximadamente del año 56 y se remonta a los años 40 y tendría su marco ambiental en Siria. Este relato, junto con el de Lc 22,14-20, son de los más cercanos a la cena de Jesús con los suyos. (Comentario al Nuevo Testamento, OC. Pg 470)

en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. **No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente.** Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos.(9) Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, pueblo responde a la proclamación del «misterio de la fe» que hace el sacerdote: «Anunciamos tu muerte, Señor»⁴

 ¡Encuentro con Jesús vivo, realmente presente! ¡Déjate sorprender siempre por este misterio y vive cada encuentro con él de manera única y fascinante!

2º La dimensión Pascual: se actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor. Actualizar, significa que es el mismo acontecimiento que se hace presente aquí y ahora; y que al mismo tiempo me permite participar en él, como si hubiese estado allí presente, viviendo hoy, con la misma intensidad, ese acontecimiento decisivo para nuestra salvación. Esto es lo bello de la memoria litúrgica, que no es un mero recordar, sino actualizar, hacer presente el acontecimiento por la fuerza del Espíritu: «Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención».(11) Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don.(12) Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida»⁵

⁴ Ecclesia de Eucharistia No 11a

⁵ Ecclesia de Eucharistia 11c

Participar de cada Eucaristía con la consciencia que es la misma cena que Jesús celebró con los suyos y vivirla con tal intensidad que experimentes el paso "pascua" de Jesús por tu vida y por ello la celebras como si fuera la única, la primera y la última de tu vida.

3º La dimensión escatológica: que nos abre a la plenitud de los tiempos. La Eucaristía es signo y anticipo de lo definitivo y eterno; nos permite degustar aquí y ahora del banquete definitivo en el cielo, este degustar es precioso, porque genera en nosotros el principio esperanza, que nos coloca en tensión hacia la meta, es decir, nos estimula y compromete con lo definitivo, no solo quiero "degustar", sino "degustar y ver". Participo ya, pero deseo ardientemente algo más y apuesto todo por ese más y más que ensancha el corazón, lo apasiona y le permite remontar ese vuelo alto de libertad que lo jalona: *"La aclamación que el pueblo pronuncia después de la consagración se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que distingue la celebración eucarística (cf. 1 Co 11, 26): «hasta que vuelvas». La Eucaristía es tensión hacia la meta, degustar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y «prenda de la gloria futura».*(30) *En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo».*(31) **Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad.** En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: *«El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn 6, 54).* Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el «secreto» de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico « fármaco de inmortalidad, antidoto contra la muerte ».

"La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de

Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero» (Ap 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino»⁶

"La voluntad de Dios y el Santísimo Sacramento son para mí el cielo en la tierra". (B.M. Caridad)



¡Pregustar lo pleno y definitivo en cada Eucaristía! Tu corazón se ensancha y te lleva a aspirar ese gran día en que lo verás tal cual es y te haces uno/a con él. ¿Esta experiencia te permite vivir con mayor consciencia tu compromiso y responsabilidades temporales?

4º Dimensión Eclesial: "La Iglesia vive de la Eucaristía" Esta verdad nos indica toda la relevancia que tiene la Eucaristía en la vida de la Iglesia y esto es una herencia muy paulina, que nos viene justamente de estas orientaciones – testimonio de Pablo sobre la Eucaristía que estamos meditando y que ya hemos tocado antes: "Entonces, si el pan es uno solo, también nosotros, aun siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan": la exigencia de vida fraterna y de comunión eclesial, como consecuencia de participar del único pan partido, es ineludible para el cristiano. No vivir esta dimensión eclesial de la Eucaristía, es definitivamente un contrasentido, un escándalo y una "antieucaristía".

Detengámonos en el magisterio de la Iglesia, que interpreta, de manera magistral, siguiendo a San Juan Crisóstomo, este texto paulino sobre la dimensión eclesial de la Eucaristía:

"Con la comunión eucarística la Iglesia consolida también su unidad como cuerpo de Cristo. San Pablo se refiere a esta eficacia unificadora

⁶ Ibid No 18-19

de la participación en el banquete eucarístico cuando escribe a los Corintios: «Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Co 10, 16-17). El comentario de san Juan Crisóstomo es detallado y profundo: «¿Qué es, en efecto, el pan? Es el cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo; pero no muchos cuerpos sino un sólo cuerpo. En efecto, como el pan es sólo uno, por más que esté compuesto de muchos granos de trigo y éstos se encuentren en él, aunque no se vean, de tal modo que su diversidad desaparece en virtud de su perfecta fusión; de la misma manera, también nosotros estamos unidos recíprocamente unos a otros y, todos juntos, con Cristo ».(42) La argumentación es terminante: nuestra unión con Cristo, que es don y gracia para cada uno, hace que en Él estemos asociados también a la unidad de su cuerpo que es la Iglesia. La Eucaristía consolida la incorporación a Cristo, establecida en el Bautismo mediante el don del Espíritu (cf. 1 Co12, 13.27)(No 23ª)

“Nosotros estamos unidos recíprocamente unos a otros y, todos juntos, con Cristo” ¿Puede haber una razón más poderosa que ésta, para hablar de la exigencia de fraternidad y solidaridad a la que nos lleva la comunión con el único pan partido? “El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad, propia de la participación común en la misma mesa eucarística, a niveles que están muy por encima de la simple experiencia convivencial humana. Mediante la comunión del cuerpo de Cristo, la Iglesia alcanza cada vez más profundamente su ser «en Cristo como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano».(44)”(24ª)

✚ La exigencia de vida fraterna y de comunión eclesial, como consecuencia de participar del único pan partido, es ineludible para el cristiano. ¿Cómo asumes y actúas esta consciencia?

✚ «¿Qué es, en efecto, el pan? Es el cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo. ¡Medita

esta afirmación de Sn Juan Crisóstomo y escribe en torno a lo que suscita en ti esta verdad.

5° Dimensión ético – moral y social: la vivencia eucarística que nos hace uno con Cristo y uno entre los creyentes, implica necesariamente al “ser y quehacer” cristiano, es decir, me lleva a un comportamiento cristiano serio, coherente y adecuado en mi relacionamiento con los demás y con Dios, a través del cual busco agradar a Dios y hacer el mayor bien posible desde la entrega generosa y servicial.

No podemos jamás separar el banquete eucarístico, que en su esencia es banquete fraterno, de la exigencia de fraternidad en todos los ámbitos de la vida y mucho menos eludir el compromiso social con la justicia y la paz, del que tanto nos habla el Papa Francisco, quien nos invita siempre al cambio y a vivir como Iglesia en salida hacia las periferias existenciales y geográficas: “Empecemos reconociendo que necesitamos un cambio.” Quiero aclarar, para que no haya malentendidos, que hablo de los problemas comunes de todos los latinoamericanos y, en general, también de toda la humanidad. Problemas que tienen una matriz global y que hoy ningún Estado puede resolver por sí mismo. Hecha esta aclaración, propongo que nos hagamos estas preguntas:

U. Con la d → Jesús barfai

conversión a los pobres - vinculo - pastoral

- ¿Reconocemos que las cosas no andan bien en un mundo donde hay tantos campesinos sin tierra, tantas familias sin techo, tantos trabajadores sin derechos, tantas personas heridas en su dignidad?
- ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando estallan tantas guerras sin sentido y la violencia fratricida se adueña hasta de nuestros barrios? ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando el suelo, el agua, el aire y todos los seres de la creación están bajo permanente amenaza?

Entonces, digámoslo sin miedo: necesitamos y queremos un cambio... Ustedes –en sus cartas y en nuestros encuentros– me han relatado las múltiples exclusiones e injusticias que sufren en cada actividad laboral, en cada barrio, en cada territorio. Son tantas y tan diversas como tantas y diversas sus formas de enfrentarlas.

— Opción x la tierra.

Hay, sin embargo, un hilo invisible que une cada una de esas exclusiones, ¿podemos reconocerlo? Porque no se trata de cuestiones aisladas. Me pregunto si somos capaces de reconocer que estas realidades destructoras responden a un sistema que se ha hecho global. ¿Reconocemos que este sistema ha impuesto la lógica de las ganancias a cualquier costo sin pensar en la exclusión social o la destrucción de la naturaleza?

Si esto así, insisto, digámoslo sin miedo: queremos un cambio, un cambio real. Ustedes, desde los movimientos populares, asumen las labores de siempre motivados por el amor fraterno que se revela contra la injusticia social. Cuando miramos el rostro de los que sufren, el rostro del campesino amenazado, del trabajador excluido, del indígena oprimido, de la familia sin techo, del migrante perseguido, del joven desocupado, del niño explotado, de la madre que perdió a su hijo en un tiroteo porque el barrio fue copado por el narcotráfico, del padre que perdió a su hija porque fue sometida a la esclavitud...

Todos nos conmovemos, porque «hemos visto y oído», no la fría estadística sino las heridas de la humanidad doliente, nuestras heridas, nuestra carne. Eso es muy distinto a la teorización abstracta o la indignación elegante. Eso nos conmueve, nos mueve y buscamos al otro para movernos juntos. (Discurso del Papa Francisco en Santa Cruz Bolivia, 12 de julio 2015)

✚ La vivencia eucarística me exige un comportamiento moral serio, coherente y adecuado en mi relacionamiento con los demás y con Dios. ¿Crees que tu manera de pensar, sentir y actuar es acorde con tu experiencia eucarística?

✚ No podemos jamás separar el banquete eucarístico, que en su esencia es banquete fraterno, de la exigencia de fraternidad en todos los ámbitos de la vida y mucho menos eludir el compromiso social con la justicia y la paz...

Lee, medita y ora con el mensaje de cuaresma 2018, donde el Santo Padre nos plantea que el origen de todos los males de nuestro tiempo es dejar enfriar el corazón, y a la raíz de este mal, lo que apaga la

caridad es ante todo la avidez por el dinero, «raíz de todos los males» (1 Tm 6,10).

🔑 Preguntémonos entonces: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?

4. La Eucaristía, fuente de comunión con Cristo: *"Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él"* (Jn 6,56)

"Así como dos pedazos de cera derretidos juntos no hacen más que uno, de igual modo el que comulga, de tal suerte está unido con Cristo, que él vive en Cristo y Cristo en él." (San Cirilo de Jerusalén)

"La Santa Comunión nos une con Jesús y nos hace más Cristos".

"Pongamos todo cuanto esté de nuestra parte para hacemos más habitación de Dios, tabernáculo divino, almas Eucarísticas". (B.M. Caridad)

La Eucaristía nos hace uno con Cristo, nos fusiona, identifica y transforma en él. ¿Puede haber experiencia más maravillosa que ésta? Creo que esta es la meta y culmen del seguimiento cristiano: "Ser Jesús". Es todo un proceso de asimilación, de sustitución ontológica, de ahí la importancia de trabajar sin descanso, desde una apertura de nuestro espíritu al Espíritu Santo, para que Jesús sea formado en nuestro corazón; y, en este proceso de formación de Jesús en nosotros, la Eucaristía se convierte en fuente inagotable en donde estamos llamados a beber día a día, para que desde la transformación óptica, que ya se dio desde el bautismo, en el plano existencial, se vaya logrando de manera procesual y progresiva, y podamos así, llegar a afirmar con San Pablo: "Ya no yo, es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20).

a. Contexto: el contexto amplio de esta afirmación de Jesús que estamos meditando *"Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él"*, es todo el capítulo sexto del evangelio de Juan, que inicia con la multiplicación de los panes, que tiene como trasfondo el milagro del maná en el Éxodo: *"Yo les haré llover pan del cielo"* (16,2ss) y la celebración eucarística en la primera comunidad.

En este pasaje, podemos contemplar el corazón de Dios, que en Jesús se revela como un Padre compasivo y misericordioso, que desde siempre se ha mostrado sensible a las necesidades más sentidas de su pueblo, como lo encontramos en el testimonio de Eliseo en tiempos de hambruna: *"Cuando Eliseo volvió a Guilgal se pasaba hambre en aquella región uno de Baal – Salisá vino a traer al profeta el pan de las primicias, veinte panes de cebada... Eliseo dijo: Dáselos a la gente, que coman. El criado replicó ¿Que hago yo con esto para cien personas? Eliseo insistió: Dáselos a la gente, que coman. Porque así dice el Señor: comerán y sobrá"* (2Reyes 4,42).

En la plenitud de los tiempos, este Padre compasivo y misericordioso, en su Hijo encarnado, nos da el Pan verdadero, alimento que dura y perdura y da vida eterna: en la multiplicación de los panes, resalta el primer lugar la mirada de Jesús, que ve más allá de lo que aparece, propio de la mirada del pastor, y por ello capta la angustia de la gente, se preocupa por ellos y es esto lo que le lleva a actuar, tratando de responder a sus necesidades más sentidas... detengámonos en algunos detalles que nos puede ayudar a vivenciar mejor este texto:

- **Cinco panes y dos peces** que al ser multiplicados, alcanza para cinco mil: Dios con lo poco hace mucho y cuando se pone en común lo poco, todo se multiplica y el alimento se vuelve inagotable y satisface a todos *"Todos quedaron satisfechos"* y con esto se nos muestra que los dones de Dios son superiores a los sueños de los hombres y mujeres, y que él y solo él sacia y colma sus aspiraciones más profundas; por ello, más adelante, cuando lo buscan les dice: *"Trabajen no por un alimento que perece, sino por alimento que dura y da vida eterna; el que les dará el Hijo del Hombre"*(v.27).
- **Cinco panes y dos peces, suman siete** y conocemos el sentido simbólico de los números y en este caso el siete nos está remitiendo a una experiencia de plenitud: "nos presenta a Jesús como plenitud de la gracia de Dios. Esta gracia es inagotable y permanece en la Iglesia para siempre. A esta realidad apunta el simbolismo de los doce cestos sobrantes.

Deben servir para dar de comer a todo el pueblo de Dios, simbolizado en los doce apóstoles"⁷

- **"Los hombres eran cinco mil".** El número mil designa una gran muchedumbre, multitudes inmensas, casi incontables... multiplicadas por cinco puede hacer referencia al universo entero, al mundo entero, a todos los hombres y mujeres que habitamos este mundo inmenso y maravilloso al que Jesús es enviado por el Padre, para salvarnos a todos: *"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna."* (Jn 3, 16-18). Esto es bien interesante y diciente, porque se nos está hablando del universalismo de Jesús y del universalismo de la salvación que él nos trae y cómo la Eucaristía, preanunciada ya en este milagro de la multiplicación de los panes, es fuente de salvación y plenitud y es muy comprometedor para nosotros, discípulos/as y misioneros/as de hoy, ver cómo Jesús asocia a sus discípulos en esta misión de salvación.
- **"Jesús tomó los panes, dio gracias y los repartió a los que estaban sentados"** (v.11) esta expresión "dio gracias" es muy familiar para nosotros ya que nos traslada inmediatamente a la Eucaristía, su relación es evidente (cf. Mc 14,23; Mt. 26,27; Lc 22,19; I Cor. 11,24). Esta referencia eucarística es bella, porque nos remite no simplemente al pan puesto en común y por tanto se multiplica, sino que va todavía más allá, apunta a otro pan, al vero Pan, a Cristo Jesús Pan de vida, que sacia toda clase de hambre, que sacia el hambre de vida y plenitud que hay en el corazón de todos los seres humanos.

✚ ¡La mirada de Jesús, ve más allá de lo que aparece! Al meditar sobre el sentido de la multiplicación de los panes, con toda su carga de sentido y referencia eucarística, ¿qué sentimientos suscita en ti? ¿Cómo cambia tu mirada?

b. Jesús Pan de vida: "Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed" (Juan 6,22-50).

⁷ Comentario al Nuevo Testamento, La casa de la biblia, (pg. 286).

Un dialogo revelador nos permitirá comprender y acoger en fe, a Jesús como Pan de vida. Tres preguntas y sus respectivas respuestas, nos llevan de la mano para hacer esta experiencia:

1ª Pregunta: *Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?* Luego del signo de la multiplicación de los panes, la gente busca afanosamente a Jesús, pero esta búsqueda está motivada más por lo que él hace, que por lo que él es: *"Les aseguro que no me buscan por las señales que han visto, sino porque se han hartado de pan"*. Es una búsqueda interesada, por conveniencia, egoísta, que se queda en el plano meramente humano "hartarse" "amor con hambre". Les interesa los dones, no tanto al dador de los dones; lo que importa es qué me ofrece, no tanto quién ofrece; esta separación entre los dones y el dador de los dones se convierte en una barrera para dar el salto cualitativo de la fe en Jesús como Pan de vida y poder vivir así una experiencia fascinante de encuentro e intimidad con él: nos hartamos de pan, pero no nos hacemos uno con el dador del Pan que es lo que realmente cuenta... es esto lo que nos permite comprender la respuesta de Jesús.

1ª Respuesta: *"Les aseguro que no me buscan por las señales que han visto, sino porque se han hartado de pan. Trabajen no por un alimento que perece, sino por un alimento que dura y da vida eterna; el que les dará el Hijo del Hombre. En él Dios ha puesto su sello"*

Lo que más le interesa Jesús, es que aprendamos a apuntar a lo esencial y que nuestras aspiraciones más sentidas y profundas no se queden en el mero plano terrenal, pasajero y transitorio, sino que vayan más allá: aspirar aquello que realmente sacia, llena y plenifica. Con esto no se desconoce el valor del alimento temporal, necesario para la vida biológica; sino que es indispensable una mira más alta: *"Trabajar por un alimento que dura y da vida eterna"* y que solo Jesús, autor de la vida, puede darnos. Él quiere hacernos partícipes de su propia vida, que es vida en plenitud, que le da sentido a nuestra existencia terrena y nos abre al horizonte abierto e infinito de una vida sin fin, a una vida con sabor de eternidad, porque Él es el "pan de vida".

2ª Pregunta: *¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?* Esta pregunta nos remite ya a otro nivel, que no es todavía el plano de la fe, pero sí pone de manifiesto que Jesús ha logrado sacudir

la consciencia de sus interlocutores y ha suscitado en ellos un deseo de trabajar por ese alimento que "dura y da vida eterna" y que de alguna manera, están dispuestos a realizar lo que Dios les requiere o les manda. Creo que la pregunta lleva implícito este deseo de compromiso, de realizar las obras de Dios, aun cuando todavía se mueven en el plano meramente humano y utilitarista, de todos modos esto es interesante, porque nos revela todo un proceso abierto de búsqueda, que los llevará a una experiencia de fe.

2ª Respuesta: *"La obra de Dios consiste en que ustedes crean en aquel que Él envió".* Fijense que la respuesta de Jesús apunta a lo fundamental: no se puede separar al donante de lo que dona; los dones y el dador de los dones, es Jesús, autor de la vida *"Todo fue creado por él y para él, él es anterior a todo y todo se mantiene en él"* (Col 1,17). Lo que Jesús exige o espera es que se le acoja y acepte como el revelador del Padre, que ha venido de parte de Dios como pan bajado del cielo y que contiene en sí todo deleite, como sabemos decir en la adoración eucarística. ¡Es una exigencia de fe! Hacer la "obra" de Dios, es creer en el enviado de Dios. Y, como estamos viendo, ésta implica todo un proceso, que pasa por intereses meramente humanos y utilitaristas, hasta llegar a una comprensión y aceptación sincera, abierta y gozosa.

3ª Pregunta: *¿Qué señal haces para que veamos y creamos? ¿En qué trabajas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo".* Encuentro dos sentimientos y actitudes de la gente en esta pregunta, que van mostrando cierta experiencia incipiente de su fe: en primer lugar, piden una demostración de señales que lo acrediten como el Mesías, ya que el maná se consideraba como el alimento del pueblo mesiánico (Sal 78, 23-24; 105, 40; Sb 16,20-22). Quieren creer, pero necesitan ver signos concretos, si Jesús es el enviado de Dios (29b), al igual que Moisés, tendrá que darles de nuevo el maná, según las creencias y expectativas mesiánicas que existían entre los judíos.

En segundo lugar, la pregunta ya nos está manifestando que el proceso de fe en la "gente" va "in crescendo", que poco a poco, van pasando del utilitarismo de los milagros, a los signos reveladores del Don de Dios en Jesucristo como Pan de Vida, e igualmente nos muestra cómo se van centrando e interesando más por la persona, por el dador de los dones,

por aquel que se ha auto revelado a la Samaritana como el "Don de Dios" "Si conocieras el Don de Dios y quién es el que te pide de beber, tu le pedirías a Él, y él te daría agua viva"(Jn 4,10).⁸ (ver anexo 1: la búsqueda sedienta de la Samaritana y nuestra propia búsqueda, que sólo puede ser saciada por Jesús "Agua viva", "Pan de vida", "Pan eucarístico").

3ª Respuesta: *"Les aseguro, no fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo".*

La respuesta de Jesús es clara: "No Moisés" fue quien les dio pan, sino mi Padre y no dio, sino que **da el verdadero pan**, es decir, no da una comida que pasa *"comieron sus padres y murieron"*, sino un pan que proviene de Dios, que baja del cielo y da vida al mundo, el que realmente responde a las necesidades y esperanzas más sentidas de la humanidad.

Este diálogo revelador, llega a su clímax y cobra una intensidad jamás imaginada, que podemos entenderla como el fruto maduro y sabroso del diálogo entre Jesús y la gente: *"Señor, danos siempre de ese pan"*.

Creo que se da ya el salto cualitativo de la fe y por ello la gente, al igual que la Samaritana, hace esta petición: *"Señor, danos siempre de ese pan"* que expresa una comprensión procesual del diálogo, que los ha llevado hasta la aceptación de Jesús como el enviado de Dios, como aquel a quien Dios ha acreditado con su sello y por ello nos revela, con sus palabras y acciones a Dios mismo.

La respuesta de Jesús es decisiva: **"Yo Soy el pan de vida:** el que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará nunca sed". Ese "Yo Soy" es una fórmula de revelación y posee una carga de sentido maravillosa, que nos remite inmediatamente a Éxodo 3,14 y nos indica todo lo que Jesús es para los hombres: el Dios vivo y verdadero que vive desde siempre y para siempre, que ha bajado del cielo como pan vivo que sacia la sed y el hambre de aquellos y aquellas que lo

⁸ Anexo 1 sobre la Samaritana y su proceso de búsqueda

reciben, aceptan y creen en él como el pan de vida, que no solamente da como algo separado de él, sino que es él mismo y por lo tanto en el que él se da para vida del mundo.

Habíamos afirmado al inicio de esta meditación sobre el discurso sobre el pan de vida, que el dialogo revelador nos permitirá comprender y acoger en fe, a Jesús como Pan de vida; no podemos terminar sin tener en cuenta que este creer en él es al mismo tiempo don y tarea, es decir, es una gracia que concede el Padre, pero que al mismo tiempo exige de nuestro concurso y quehacer humano desde la apertura, comprensión y aceptación; así lo expresa el mismo Jesús: *"Lo que el Padre me ha confiado vendrán a mí, y al que venga a mí, no lo echaré fuera..."*. *"Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió; y yo lo resucitaré en el último día"* (vv. 37.44). Atraídos por el Padre, vamos a Jesús, entramos en comunión íntima y estrecha con él y esta comunión de vida y de fe, sacia realmente, hasta el punto que no se tiene ya más hambre ni sed, sino nos que nos permite poseer vida eterna, la vida plena, aquí y ahora, como preludio de la vida futura, definitiva y eterna junto al Padre en la eternidad dichosa. Recordemos que para el evangelio de Juan el que cree ha pasado de la muerte a la vida: *"Les aseguro que quien oye mi palabra y cree en aquel que me ha enviado tiene vida eterna y no es sometido a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida"* (Juan 5,24).⁹ 9(Explicar esto, ver nota al pie de página).

✚ Un proceso de fe en Jesús Pan de Vida "in crescendo" que pasa por el utilitarismo, hasta llegar a centrarse en la persona

⁹ En Jn 5,17-30 Jesucristo se presenta como el "Dador de vida": 1º En perfecta unidad de acción con el Padre vv.17.19.30. 2º En total dependencia del Padre v.20. 3º Igual que el Padre Da vida, según Dt. 32,29, solo Dios tiene poder sobre la muerte y en Jn 11,1ss con la resucitación de Lázaro, se muestra como Jesús, al igual que el Padre, tiene este mismo poder de dar vida. Desde este contexto, se presentan dos maneras de entender la salvación: 1ª Salvación presente -realizada- actual y existencial vv.25-27 y desde este sentido que podemos comprender la comunión con Cristo pan de vida que sacia plenamente: "Yo soy el pan de vida: el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed", es decir posee desde ya la vida eterna. 2ª. Salvación futura: esperar para el futuro la consumación o confirmación final de lo que ya es presente (vv.28-29). La comunión con Cristo pan de vida, nos asegura participar de esta doble dimensión de la salvación: aquí y ahora y la confirmación futura de lo que ya saboreamos y participamos en el presente a través de la comunión con Cristo

de Jesús: reconocer aceptar y creer en él como pan de vida que sacia y plenifica... Si haces una auto confrontación, ¿cómo ves tu proceso de fe? ¿En qué nivel te encuentras?

c. Jesús Pan eucarístico

"Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él"

"Yo Soy el Pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá siempre. El pan que yo doy para vida del mundo es mi carne" (Juan 6,51-59).

Acoger desde la fe a Jesús, como el revelador del Padre que ha bajado del cielo, como Pan de vida que se convierte en fuente de comunión con Cristo y nos hace uno con Él, nos lleva todavía más lejos; nos lleva a una experiencia eucarística, a Jesús Pan eucarístico. Ya no es solo el pan de vida que hay que acoger y comer en fe, sino que se pasa al pan eucarístico, desde su realismo sacramental que nos permite comer y beber la carne y la sangre del Hijo el Hombre.

❖ ¿Cómo entender este comer y beber la carne y la sangre del Hijo del Hombre?

"Los judíos se pusieron a discutir. ¿Cómo puede éste darnos de comer su carne?"

Les contestó Jesús:

Les aseguro que si no comen la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre, no tendrán vida en ustedes... mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida"

Se trata ciertamente del realismo sacramental, que no es un mero símbolo o representación; sino que se trata de una verdadera comida, de una comida real, de la que se participa de la carne y de la sangre de Jesús. Es este la fuerza del sacramento, que me hace presente, posibilita el encuentro y me permite entrar en comunión real con él, ya que no es un mero recuerdo, sino una actualización renovada que me hace presente aquí y ahora el mismo acontecimiento de la entrega de Jesús en la última cena:

"La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, «derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: « Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí » (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. La Eucaristía es verdadero banquete, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6, 53). No se trata de un alimento metafórico :«Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida» (Jn 6, 55).¹⁰

El pan es la carne de Jesús. "El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne"(51b.) "mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida". Comida y bebida verdadera, que permite tener vida en nosotros; que nos asegura participar de la vida eterna "Yo lo resucitaré en el último día" y, nos posibilita **vivir esa experiencia maravillosa de hacernos uno con Cristo, que nos fusiona, identifica y transforma en él: "Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él"**. Creo que es la experiencia culmen de la Eucaristía como fuente de comunión con Cristo, que nos lanza a cultivar día a día ese "habitar en Jesús" y ser "habitados por él" "Yo en él y él en mí" "Habitando en quién y por quien habitado" "Habitado habitando" "Habitando en el que me habita", es toda una fórmula de inmanencia, que posee una carga mística (Ver comentario)¹¹ fascinante que nos lleva a una transformación óptica y existencial inigualable y que creo le

¹⁰ Ecclesia de Eucharistia, Juan Pablo II

¹¹ "La mística de Juan hace más hombre al hombre porque, en su confrontación con el hecho cristiano, en su unión con Cristo y con Dios, se estimula, hasta donde ello es posible, la decisión humana gracias a la cual el hombre entra en relación con Cristo y permanece en unión con él" Vocabulario teológico del Comentario al Nuevo Testamento de la Casa de la Biblia.

da pleno sentido a nuestra consagración bautismal, religiosa y sacerdotal y lo que nos permite saborear día a día lo esencial de la vida cristiana: permanecer estrechamente unidos a Jesús, para dar frutos. Detengámonos un momento a profundizar en la simbología y sentido eucarístico de la vida verdadera en Juan 15.

✚ Intenta, bajo el sople del Espíritu, vivir una experiencia contemplativa y por qué no, mística, con este versículo de Juan: *"Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él"*. "Habitar en Jesús" y ser "habitados por él"
"Yo en él y él en mí" "Habitando en quién y por quien soy habitado"
"Habitado habitando" "Habitando en el que me habita"

- ❖ **"Permanezcan en mí como yo permanezco en ustedes"**: en 17 versículos, aparece 10 veces el verbo permanecer- ménéin, de los cuales 7 veces se refieren directamente a permanecer en Jesús. Este es un dato interesante que nos habla de la centralidad de Jesús, que estamos contemplando como "pan de vida", "pan eucarístico" que nos hace uno con él y nos permite permanecer en él: *"El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él"* y, cuánta necesidad tenemos como consagrados/as de vivir esa unión estrecha e íntima con Él.

Permanecer, hace referencia a: estar con, quedarse por completo y para siempre. Para la mentalidad bíblica, nada es permanente, todo pasa, el hombre es un eterno viajero, estamos de paso... solo Dios es permanente, solo Dios permanece para siempre (Ap 4,8; Dan 6,27; Sal 102,27s) Su Palabra no pasa, se cumple siempre, al igual que su amor y su misericordia (Is 40,6-8; Sal 136; Mt 24,35), de ahí que el hombre y la mujer para subsistir y tener estabilidad, solidez, necesita "permanecer en Dios".

Permanecer, ménéin: "Los Padres llaman *perseverantia* el perseverar pacientemente en la comunión con el Señor a través de todas las vicisitudes de la vida aquí se destaca en primer plano. Resulta fácil un primer entusiasmo, pero después viene la constancia también en los caminos monótonos del desierto que se han de atravesar a lo largo de la vida, la paciencia de proseguir siempre igual aun cuando disminuye el

romanticismo de la primera hora y sólo queda el "sí" profundo y puro de la fe¹².

La imagen que utiliza Jesús para exhortar a sus discípulos a permanecer en Él, no puede ser más bella y sugestiva: *"Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Yo soy la vid, ustedes lo sarmientos: quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada"*.

"Vid y sarmientos": son inseparables, se genera entre ellos una unión estrecha, íntima, necesaria... es imposible concebir un árbol sin raíces, unas ramas sin el tronco; es impensable un mar sin playas, la danza sin el danzante, la melodía sin su interprete; es invivible una vida sin aire, sin agua, sin tierra, sin fuego, sin Dios... Todas estas figuras nos remiten a la unión y a la comunión estrecha, íntima, total, del discípulo con Jesús, que como hemos visto antes, la Eucaristía es fuente insustituible para vivir esta comunión transformadora, para llegar a la "Conformación".

Se da un salto cualitativo, la vid, ya no es un árbol que nos habla de vida, sino que la vid es el Hijo de Dios, "Yo Soy la Vid", y nosotros hijas/os de Dios, estamos injertados a Él, se da una unión indisoluble e indestructible del cristiano, del discípulo con Jesús. Jesús y los suyos son Uno con Él y en Él.

Esta experiencia fascinante, se hace realidad desde el día de nuestro bautismo, en que fuimos injertados a Él: *"Quien, por el bautismo, fue injertado en ese árbol divino e incorporado a esa adorable Cabeza, debe vivir de su vida y recorrer el mismo camino. Quien dice que permanece en él, debe vivir como él vivió (1Jn 2,6)"*¹³ y se actualiza y vitaliza en la celebración eucarística, como nos lo enseña el magisterio de la Iglesia: *"La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente cada uno de*

¹² Benedicto XVI, Jesús de Nazaret. Pg. 309

¹³ San Juan Eudes, Obras Escogidas, "El contrato del hombre con Dios por el Santo Bautismo, pg. 374

nosotros recibe a Cristo, sino que también Cristo nos recibe a cada uno de nosotros. Él estrecha su amistad con nosotros: «Vosotros sois mis amigos» (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: «el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo «estén» el uno en el otro: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15, 4).¹⁴

✚ ¡Que verdad más fascinante, cuya vivencia atrae y enamora! ¡Permanecer en Jesús, ser uno con él! ¡Ser Él! Te invito a hacer un ensayo, a corazón abierto, sobre tu vivencia eucarística y cómo esta experiencia te ha llevado a una comunión más íntima, estrecha y fusionadora con Él... ¿Esta experiencia de permanecer en Jesús, ha forjado en ti mayor firmeza, constancia y perseverancia en tu vida y vocación franciscana?

Permanecer en Jesús para ser fecundos y alegres: la fecundidad de vida y la alegría, son los frutos maduros de esta experiencia maravillosa que hemos meditado sobre el "permanecer" *"El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él"* *"El que permanece en mí y yo en él dará mucho fruto"* (6, 56; 15,5b).

Conocemos los procesos agrícolas para que haya cosecha abundante e igualmente somos conscientes de los procesos humanos para madurar y crecer integralmente; todos estos procesos implican tiempo y a ratos momentos dolorosos, por eso el Señor nos habla de la "Poda": *"Él corta los sarmientos que en mí no dan fruto; los que dan fruto los poda, para que den aún más"* *"El que permanece en mí y yo en él dará mucho fruto"*.

¿Cómo entender la poda? Es todo un proceso de purificación permanente. Hemos sido ya purificados por el sacrificio redentor de Cristo en la Cruz, ya que la Sangre de Jesús nos limpia de todo pecado (1Jn 1,7; Ap. 7,14) y esta purificación se actualiza en nuestro bautismo, las aguas bautismales nos limpian de toda mancha, que como dice Pedro en su primera carta, no consiste en lavar la suciedad del cuerpo,

¹⁴ Ecclesia de Eucharistia, del Papa Juan Pablo II, No 22

ya que sería una mera purificación ritual que se queda en lo exterior, "sino en el compromiso con Dios de una conciencia limpia" (1Pe 3, 21).

Ante esta realidad de haber sido purificados de todo pecado, está nuestra condición humana tendida al pecado, dominados por el pecado "vendidos al pecado" y es esta situación lo que nos coloca ante la necesidad de una purificación permanente: "Yo soy carnal y estoy vendido al pecado...porque no hago lo que quiero, sino que hago lo que detesto..." (Rom. 7, 14ss leer y meditar juntos).

"Purificación: la Iglesia y el individuo siempre necesitan purificarse. Los actos de purificación, tan dolorosos como necesarios, aparecen a lo largo de toda la historia, a lo largo de toda la vida de los hombres que se han entregado a Cristo. En estas purificaciones está siempre presente el misterio de la muerte y la resurrección. Hay que recortar la autoexaltación del hombre y de las instituciones; todo lo que se ha vuelto demasiado grande debe volver de nuevo a la sencillez y a la pobreza del Señor mismo. Solamente a través de tales actos de mortificación la fecundidad permanece y se renueva"¹⁵.

"Los que dan fruto los poda, para que den aún más". Purificación y frutos van unidos y es claro para Jesús, que la "poda" es para que la cosecha sea abundante.

🌱 ¿Sientes necesidad de "poda" en tu vida? ¡Volver de nuevo a la sencillez y a la pobreza del Señor mismo! ¡Cuánta falta hace para que la fecundidad permanezca y se renueve! Y mucho más a una "hermana menor" franciscana de María Inmaculada, llamada a *"la vivencia de la pobreza no sólo en el estilo de vida sino compartiendo y dando respuestas efectivas a la situación del pobre"*.

¿Cuáles son esos frutos?:

- ✓ Frutos buenos (Mt 3, 10); vivir en y para Jesús, pudiéramos hablar de los frutos de la vida sacramental, frutos eucarísticos, que me llevan a la eucaristización de la vida (Jn 6, 57); los frutos de la vida

¹⁵ Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, pg. 308

sacramental, cuyo testimonio fehaciente es la Beata Madre Caridad y toda la experiencia de fecundidad apostólica de su comunidad, con más de 90 años de Adoración Perpetua.

✓ Frutos de pureza y limpieza, no meramente ritual o legal, sino ante todo pureza y limpieza interior, como lo vimos con Pedro (Jn 15, 3);

✓ Vivir a la manera de Jesús: *"Quien dice que quien permanece en Él ha de vivir como Él vivió"* ¡Que reto más grande!, vivir a la manera de Jesús, ser Presencialización, derivación y continuación suya... Amar y entregarse y pasar por tierra haciendo el bien, ser al estilo de Jesús *"Misericordiae Vultus"* (Gál. 2,20; Hech. 10,38b)

🌈 ¿No es esta la consecuencia de la transformación óptica de nuestro bautismo y la experiencia existencial que nos hace uno con Cristo en la Eucaristía? ¿Vives a la manera de Jesús?
¿Transparentas su presencia con tu manera de ser y actuar?

✓ Vivir cumpliendo sus mandamientos: *"Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado"* amor entregado, amor purificado en la cruz, amor sin medida, amor grande que lleva a dar la vida, amor misericordioso, amor que se traduce en práctica de la justicia, entendida ésta en su pleno sentido bíblico: *"Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario. Quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que este no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón. Dios no rechaza la justicia. Él la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está a la base de una verdadera justicia. Debemos prestar mucha atención a cuanto escribe Pablo para no caer en el mismo error que el Apóstol reprochaba a sus contemporáneos judíos: «Desconociendo la justicia de Dios y empeñándose en establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo, para justificación de todo el que cree» (Rom. 10,3-4). Esta justicia de*

Dios es la misericordia concedida a todos como gracia en razón de la muerte y resurrección de Jesucristo. La Cruz de Cristo, entonces, es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre el mundo, porque nos ofrece la certeza del amor y de la vida nueva". (Misericordiae Vultus 21b)

- ✓ En últimas, el fruto del amor que se traduce en obras de ardiente y exquisita caridad, "haciendo todo por amor a Dios y como Él lo quiere" como les ha enseñado la Madre Caridad....:

🌈 Este fruto es la esencia de la vida cristiana y de manera vinculante para los consagrados/as: ¿vives esta ardiente y exquisita caridad, "haciendo todo por amor a Dios y como Él lo quiere" al interior de la comunidad con tus Hermanas y en el trato con la gente? ¿Cómo vives tu celo ardiente, vigilante y activo por la salvación de las almas?

El fruto sabroso, sanador y difusivo de la alegría

"Una buena Religiosa tiene derecho a estar siempre alegre".

"La risa es sana, para el alma y para el cuerpo".

"Reírse, sí, pero no de las cosas santas; todo a su tiempo y en su lugar".

"La verdadera alegría debe ser un distintivo franciscano". (B. Madre Caridad)

El permanecer en Jesús, desde la comunión y vivencia eucarística, produce un fruto exquisito, que nos permite saborear y vivir con pleno sentido nuestra consagración. Toda la invitación de Jesús a permanecer en, como lo hemos visto, tiene una finalidad: Participar de su alegría y ser plenamente felices. **"Les he dicho todo esto para que participen de mi alegría y sean plenamente felices"**(v.11)

Este gozo pleno de Jesús, que se nos da como don, no está exento de pruebas y días tristes y nublados, pero todo eso es pasajero, de cara a la alegría plena que nos ofrece Jesús. Es toda la experiencia de pasión de nuestro Señor, pero no todo termina ahí, de la tristeza de la pasión se da el salto cualitativo al gozo de la resurrección,: **"Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo"** **"La mujer suele estar triste cuando va a dar a luz, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha**

dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estaréis tristes ahora, pero volveré a veros y **os llenaréis de alegría y nadie os la podrá quitar** (Jn. 16,20-22).

✓ La promesa de Jesús del gozo pleno, de la alegría que nadie nos puede quitar, la cumple con su resurrección, por eso cuando se aparece a los discípulos el primer día de la semana, el cuarto evangelio nos dice que: **"los discípulos se alegraron de ver al Señor"**(Juan 20,20b)

✓ **"Les he dicho todo esto para que participen de mi alegría y sean plenamente felices"**. Esto es fascinante: todos buscamos la felicidad y todos podemos ser felices, en últimas, este es el fin para el que hemos sido creados... las personas, las cosas, pueden despertar y sensibilizar en ti esta felicidad, pero creo que nadie se atrevería a decirte lo que nos dice Jesús: **"permanezcan en mí para que participen de mi alegría y sean plenamente felices"**. No es solo para que seamos felices, cualquiera puede serlo, es para que **¡seamos plenamente felices!**, es el gozo perfecto. Él y sólo él nos puede hacer plenamente felices y la viva fuente de este gozo perfecto, de esta felicidad plena, está escondida como dice San Juan de la Cruz, en *"Este vivo Pan por damos vida... a esta viva fuente que deseo en este pan de vida yo la veo"*.¹⁶

¡Vive y se Feliz! Has sido creada para la felicidad y la gloria de Dios es que el hombre viva y sea feliz *«¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti»* (San Agustín, Confesiones, 10, 20, 29).

Dios vive dentro de ti, Él es la fuente inagotable de Felicidad: ¡Vive en Dios y serás plenamente Feliz.

El pan de vida, el pan eucarístico, fuente de comunión íntima y estrecha con Cristo, es fuente de la felicidad plena, de la alegría sin ocaso, de gozo perfecto y, pensar que cada día tengo a la posibilidad de beber a

¹⁶ Escuchar y orar con esta canción de Jesed, Silencio de Amor

chorros de su fuente, que cada día puedo acceder a este don de Jesús a los suyos, y no un don entre otros, sino el don por excelencia, porque es el don de sí mismo. ¿Cómo entender entonces que una consagrada, un sacerdote, un cristiano que participa día a día de la Eucaristía, se sienta infeliz e insatisfecho?

El Santo Padre, nos insiste en todo momento a vivir esta alegría que nadie nos podrá quitar y el título de su carta a los consagrados en el año de la vida consagrada que vivimos en años pasados, no podía ser más sugestivo: "Alegraos".

"Que sea siempre verdad lo que dije una vez: «Donde hay religiosos hay alegría». Estamos llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacemos felices, sin necesidad de buscar nuestra felicidad en otro lado; que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida.

Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento». También nosotros, al igual que todos los otros hombres y mujeres, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez. Precisamente en esto deberíamos encontrar la «perfecta alegría», aprender a reconocer el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro".

✚ ¿Eres Feliz, plenamente feliz? ¿Has pensado en tu muerte? ¿Por qué pensar en la muerte? ¿Qué tiene que ver el pensar en la muerte con la alegría?

✚ Haz una relectura de tu vida desde la alegría: 1º toma conciencia de tus pequeñas alegrías de cada día. 2º recuerda incesantemente ¿cómo, dónde, cuándo y por qué nos hemos alegrado en nuestra vida? ¿cómo sentí la alegría en mi vida? ¿Cómo la rechacé? ¿De qué modo me la impidieron? ¿Qué

pasó con mi alegría en el curso de la vida? ¿llegó a acrecentarse? ¿Tu seguimiento al Señor como consagrada, es realmente fuente de alegría? ¿La alegría del Señor es tu fortaleza?

❖ A manera de síntesis de todo lo meditado sobre el pan de vida y el pan eucarístico, les transcribo un comentario bíblico sobre la concepción joánica de la Eucaristía y sus aspectos relevantes:

1º Su consideración y valoración dentro del acontecimiento salvífico en su conjunto, es decir, en estrecha relación con la misión del Hijo de Dios desde la encarnación a la cruz-exaltación. Los dones sacramentales (pan y vino) son medios para lograr la unión con Cristo. Esta unión es eficaz y se realiza cuando se cumple la exigencia única y decisiva impuesta al hombre, que es la fe en el Revelador, enviado por Dios y portador de la salvación.

2º Su enfoque cristológico soteriológico: aparece Jesús mismo como sujeto de la acción que se desarrolla en la cena; su mismo ser, toda la realidad implicada en la figura del Hijo del Hombre, muerto y resucitado, se hacen presentes en la celebración de la Eucaristía.

3º El efecto principal de la Eucaristía, la unión personal con Cristo, se expresa mediante la mutua permanencia: *"el que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él"* (Jn 6,56).

4º La palabra "carne" sarks, es la misma que utiliza en cuarto evangelio para designar la encarnación: el logos palabra se hizo carne (Jn 1,4); es necesario comer la carne. La Eucaristía es la prolongación de la encarnación y de sus efectos"¹⁷

5. La Eucaristía, fuente de comunión fraterna y de compromiso con la justicia, la misericordia y la paz.

Todo el camino recorrido hasta aquí, apoyados sobre todo en la concepción paulina y joánica de la Eucaristía y los portes del magisterio de la Iglesia, sobre todo con Juan Pablo II y su carta encíclica "Ecclesia

¹⁷ Comentario al Nuevo Testamento, Artículo de Felipe Fernández Ramos pg. 290 -

de Eucaristía", nos permitirá hacer una auto confrontación de nuestra vivencia eucarística, para ver si ésta se ha convertido para nosotros como consagradas/os en fuente de comunión fraterna y nos ha llevado, desde la misión, a compromisos serios con la práctica de la justicia, el ejercicio de la misericordia y la construcción de la paz.

❖ **La Eucaristía fuente de comunión fraterna:** *"El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Uno es el pan y uno es el cuerpo que todos formamos porque todos compartimos el único pan"* (I Cor 16b-17).

"Amor al prójimo; caridad en el trato con las Hermanas. Ser mucho más concienzuda en el amor fraterno". (B.M. Caridad)

Es claro para nosotros la dimensión fraterna de la Eucaristía, ella es banquete de fraternidad. Alrededor de la mesa, nos sentamos como hermanos/as a compartir el único pan partido; participando de él, nos hacemos uno con Cristo y uno entre nosotros; es ésta la fuente y fundamento de nuestra fraternidad; es esto lo que nos "obliga", anima y da sentido a una vida común.

Detengámonos a profundizar algunos rasgos significativos y exigentes de las constituciones sobre la dimensión fraterna, cuya fuente y centro es la Eucaristía:

"Nuestro Carisma es un Don del Espíritu para vivir y anunciar el Evangelio como Hermanas Menores, en permanente disponibilidad a la voluntad de Dios, insertas en un mundo necesitado."

*La identidad de nuestra Congregación es vivir el amor a Dios y al prójimo según el Evangelio, en castidad, pobreza y obediencia, a ejemplo de San Francisco de Asís, **siguiendo a Cristo humilde y crucificado**, en constante actitud de conversión, animadas por el espíritu de contemplación, pobreza y humildad, dentro de una **comunidad fraterna**."*

La vivencia de esta identidad debe impregnar nuestra espiritualidad, guiar nuestras opciones, cualificar la formación y las actividades apostólicas. Se apoya sólidamente en:

El amor a la Eucaristía. Centro de vida, fuente de fraternidad y de irradiación apostólica (Const.4- 6.a).

Todo hombre y toda mujer, es un ser siempre "siendo", siempre "haciéndose", llamado a realizarse con otros, esta es su vocación esencial; y cada hermana desde esta vocación fundante, experimenta una llamada del Señor a la vida consagrada, desde un carisma específico. Esta llamada la recibe junto con otras, no es solo llamada, sino convocada con otras, para vivir esa experiencia fascinante y comprometedora de "estar con Jesús para ser enviadas" a la misión.

De aquí se deduce que la vida fraterna en comunidad es inherente a la vocación, llamadas con otras, aprenden a vivir la "Mística de estar Juntas"(Mc 3,13ss; 6, 7-13). Podemos afirmar sin más, que el carisma y la identidad, como franciscanas de María Inmaculada, sólo puede ser vivido auténticamente, desde este sentido y vivencia de la fraternidad que estamos meditando: ***"Dentro de una comunidad fraterna"*** como lo expresa explícitamente el numeral 4 de sus constituciones.

La ***"Mística de estar juntas"***, es ante todo don que se renueva día a día en la Eucaristía: ***El amor a la Eucaristía. Centro de vida, fuente de fraternidad y de irradiación apostólica***. Es fascinante la fuerza del sacramento eucarístico y la fuerza del amor celebrado, que se convierte en ***"Centro de vida"*** que me lanza a la comunidad ***"Fuente de fraternidad"*** y me permite acogerla como don y al mismo tiempo me compromete en su construcción, teniendo como fuente la Eucaristía, que como hemos afirmado mas de una vez, es banquete fraterno que me abre al amor y acogida a los hermanos ***"irradiación apostólica"***: ***"Uno es el pan y uno es el cuerpo que todos formamos porque todos compartimos el único pan"***. ***"Cristo, presente en la Eucaristía, debe ser el centro de nuestra vida en comunidad, como lo fue para nuestra Fundadora. En la celebración diaria de este Sacramento, ofrecemos al Padre, en unión con Cristo, cuanto somos y cuanto hacemos"*** (Const.99).

"Nuestra vocación de Franciscanas es un llamamiento a vivir la vida evangélica en fraternidad, en comunión con Cristo, en quien todos formamos un solo cuerpo. Es un don del Espíritu, quien nos une por amor para el cumplimiento de una misión específica dentro de la Iglesia.

Dios, Uno en la Trinidad de personas es fuente y modelo de amor y de la unidad que debe testimoniar la comunidad religiosa.

Formaremos una **fraternidad auténtica** en la medida en que **Cristo sea el centro de nuestra vida**, y en **El nos acogamos mutuamente** en toda nuestra realidad humana y espiritual.

Siguiendo el ejemplo de la primera comunidad cristiana que tenía "un solo corazón y una sola alma", vivamos en comunión de ideales, unión y reconciliación.

En la fraternidad cimentó y afianzó la Madre Caridad la vida de nuestra Congregación. Por lo tanto, nuestra fraternidad religiosa ha de realizarse como comunidad de vida dentro de sí misma, y ha de proyectarse como signo de unidad en el pueblo de Dios. (Const. 112-116).

Cuando se acoge la fraternidad desde una dimensión de fe, la comunidad se convierte para la hermana en su nueva familia, donde no priman ya los lazos de sangre, sino que priman los lazos escatológicos que nos hacen uno con Cristo, el único Señor y Esposo de la Iglesia y desde estos lazos se construye la fraternidad y ésta se convierte en apoyo y sostén. Este es el fruto maduro y sabroso de vivir la Eucaristía como fuente y centro de la vida común, que me abre agradecido al don del "Otro" Jesús Eucaristía; y al don de las "otras", las hermanas, que son igualmente un don del Padre, que junto conmigo, las ha atraído a Jesús, para que juntas le sigan y se dediquen al **"anuncio del Evangelio y la promoción humana"**.

El **"Acogerse mutuamente"**, como les pide las constituciones, debe despertar en ustedes la **dimensión de "gratitud"** por el don de la comunidad; es importante darle todo su sentido eucarístico, porque, así como: **"La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación"**. (EE.11b); desde Jesús y en Jesús, todos nos hacemos no con él y nos vamos transformando en él: **¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo** de lo que se sigue, que **"cada hermana, se convierte en Jesús"**, en don, en regalo que acogo con gratitud. **En efecto, como el pan es sólo uno, por más que esté compuesto de muchos granos de**

trigo y éstos se encuentren en él, aunque no se vean, de tal modo que su diversidad desaparece en virtud de su perfecta fusión; de la misma manera, también nosotros estamos unidos recíprocamente unos a otros y, todos juntos, con Cristo »(EE.23)¹⁸.

“Gratitud” por el don de la comunidad, genera bienestar al saber que no voy solo/a y **me abre a la gratuidad**: al don de sí a los otros, al estilo de Jesús Eucaristía. Esto implica y exige relaciones interpersonales de calidad, vividas desde el amor, el respeto por la diferencia, para que así cada hermana, desde sus grandezas y miserias, se sienta valorada y acogida: **“En El nos acogamos mutuamente en toda nuestra realidad humana y espiritual”**

“La comunidad es vivida como don vocacional”: si fuiste llamada con otras, la fraternidad no es un añadido, sino que es inherente a tu vocación

“Nuestra vocación de Franciscanas es un llamamiento a vivir la vida evangélica en fraternidad, en comunión con Cristo, en quien todos formamos un solo cuerpo”. Y, si “en Cristo forman un solo cuerpo”, sin una vivencia eucarística auténtica, no se podrá dar esta comunión: “El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Uno es el pan y uno es el cuerpo que todos formamos porque todos compartimos el único pan”. Por tanto, la Eucaristía, sin una vivencia auténtica de fraternidad y solidaridad, sería una antieucaristía, como lo hemos visto antes. De ahí que el centro vital sea Cristo y la caridad se convierta en vínculo fundamental, como lo expresan las constituciones.

“Vivamos en comunión de ideales, unión y reconciliación: teniendo como modelo la primera comunidad cristiana y su ideal de un solo corazón y una sola alma, la comunidad se convierte en escuela de amor y en escuela de santidad, donde cada hermana, encuentra los medios y ayudas necesarias para la realización de su vocación.

La Eucaristía, fuente de comunión fraterna, nutre nuestra vida, no hace salir de sí y nos abre al don del otro/a, para construir comunidades acogedoras y abiertas a las necesidades de todas las que conforman la

¹⁸ Siguiendo a San Juan Crisóstomo Homilías sobre la 1 Carta a los Corintios

comunidad y nos lanza más allá de las fronteras de mi pequeña comunidad, a la gran comunidad humana, donde Cristo nos espera, para que como consagrados, seamos signos de comunión, solidaridad y entrega.

“Nutrimos de Jesús Eucaristía, significa también abandonarnos con confianza a Él, y dejamos guiar por Él. Se trata de aceptar a Jesús en el lugar del ‘yo’. De esta forma, el amor gratuito recibido por Cristo en la Comunión eucarística, con la obra del Espíritu Santo, alimenta nuestro amor por Dios y por los hermanos y hermanas que encontramos en el camino de cada día” (Papa Francisco, Corpus Christi 18 junio de 2017)

✚ **La “Mística de estar juntas”** A la luz de lo que estamos compartiendo sobre la Eucaristía, fuente de comunión fraterna, escribe 21 rasgos que expresen de manera concreta, cómo vives o quisieras vivir esta “Mística de estar juntas”

✚ y 14 rasgos de una comunidad local franciscana que tiene como centro y fuente de comunión la Eucaristía: *“Cristo, presente en la Eucaristía, debe ser el centro de nuestra vida en comunidad, como lo fue para nuestra Fundadora”*

✚ “Gratitud y gratuidad” expresión de una vivencia eucarística auténtica. ¿Cómo vives día a día esta actitud – valor?

❖ **La Eucaristía y su compromiso con la justicia, la misericordia y la paz**

«¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: “esto es mi cuerpo”, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: “Tuve hambre y no me disteis de comer”, y más adelante: “Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer” [...]. ¿De qué serviría adorar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo

muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo »¹⁹

La auténtica vivencia eucarística genera en nosotros una exquisita sensibilidad social, que mueve al creyente a la práctica de la solidaridad, la justicia y el ejercicio de la misericordia; es por eso que San Pablo considera indigno y vergonzoso, participar de la Eucaristía en un contexto de indiferencia hacia los pobres: *"Cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se emborracha. ¿No tienen sus casas para comer y beber? ¿O es que desprecian a la asamblea de Dios y quieren avergonzar a los que nada poseen? En esto no puedo alabarlos".* (I Cor 11,21.-22).

Comulgar a Cristo en los empobrecidos, en ellos encontramos el cuerpo "desnudo" "hambriento", "solitario" "enfermo" de Cristo, su cuerpo real, en el que podemos y debemos tocar la carne de Cristo, ya que a través de ellos nos reclama amor, atención, compromiso solidario y misericordioso...

Me detengo en tres numerales de sus constituciones, que les anima a vivir, desde su experiencia eucarística, este compromiso con la justicia, la misericordia y la paz que estamos meditando:

1º *"La Hermana en el ejercicio de su labor apostólica, busque su fuerza en la oración, en la Palabra de Dios, en la Eucaristía y en su Fraternidad Local y Comunidad Provincial (150).*

Oración, Palabra de Dios y la vivencia eucarística auténtica, se convierten en la primera y más eficaz forma de apostolado, que tiene como fin evangelizar y transformar el mundo: es la auténtica oración apostólica, que lleva a los pies de Jesús Eucaristía todas las angustias y esperanzas de nuestro mundo herido. Esta oración, es un auténtico trabajo, propio del contemplativo/a que se convierte en un punto de apoyo, en una palanca de Dios, al presentar ante él, el corazón de los

¹⁹ San Juan Crisóstomo, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 50, 3-4: PG 58, 508-509; cf. Juan Pablo II, Carta enc. Sollicitudo rei socialis (30 diciembre 1987): AAS 80 (1988), 553-556

hombres y mujeres de nuestro tiempo, para que se abran a la conversión y sean así, más humanos, más justos y solidarios.

2º Debemos sentir como propio los problemas sociales. Trabajemos con espíritu de minoridad en la Evangelización de los más pobres y en la de aquellos que, viviendo en un mundo materialista, han perdido la mayor riqueza, que es el conocimiento de Dios (134).

"En la medida en que nuestra vida consagrada sea un testimonio y sepamos respetar y valorar las actitudes de los grupos humanos con los cuales trabajamos, podremos construir con ellos una vida más humana y conforme al Evangelio (151).

La vivencia eucarística, nos compromete con la práctica del derecho y la justicia, desde el ejercicio de la misericordia y, ésta, se expresa ante todo en una sensibilidad a flor de piel frente a las situaciones dolorosas que encuentra en los lugares donde es enviada y por ello cultiva una mirada de "pastora" "Sentir como propio", que le hace atenta a estas necesidades y busca responder a ellas, mediante su acción concreta.

"Insertas en un mundo necesitado" se comprometen con la ciudad terrena, para que en ella se instaure el orden según la justicia y la caridad: este es un compromiso ineludible e impostergable, por ello el papa Francisco lo presentaba en el año de la vida consagrada como una urgencia: "Hay toda una humanidad que espera: Personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino"

"No os repleguéis en vosotros mismos, no dejéis que las pequeñas peleas de casa os asfixien, no quedéis prisioneros de vuestros problemas. Estos se resolverán si vais fuera a ayudar a otros a resolver sus problemas y anunciar la Buena Nueva. Encontraréis la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando"

"Espero que se aligeren las estructuras, se reutilicen las grandes casas en favor de obras más acordes a las necesidades actuales

de evangelización y de caridad, se adapten las obras a las nuevas necesidades”.

- ✚ Comulgar a Cristo en los empobrecidos, en ellos encontramos el cuerpo “desnudo” “hambriento”, “solitario” “enfermo” de Cristo, su cuerpo real, en el que podemos y debemos tocar la atención, compromiso solidario y misericordioso... ¿En tu acción apostólica, cómo vives esta exigencia eucarística? ¿Sientes que la misión que realizan como Franciscanas de María Inmaculada, les lleva a este compromiso con la justicia desde el ejercicio de la misericordia?

Creo que la Eucaristía, celebrada o adorada, nos exige pasar de la indiferencia a la misericordia, desde una auténtica conversión del corazón, como lo proponía el Papa Francisco en el mensaje de paz en el 2016 y que les invito a leer, meditar, orar y actuar: ***De la indiferencia a la misericordia: la conversión del corazón***

“Hace un año, en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz «no más esclavos, sino hermanos», me referí al primer icono bíblico de la fraternidad humana, la de Caín y Abel (cf. Gn 4,1-16), y lo hice para llamar la atención sobre el modo en que fue traicionada esta primera fraternidad. Caín y Abel son hermanos. Proviene el uno del mismo vientre, son iguales en dignidad, y creados a imagen y semejanza de Dios; pero su fraternidad creacional se rompe. «Caín, además de no soportar a su hermano Abel, lo mata por envidia cometiendo el primer fratricidio»[19]. El fratricidio se convierte en paradigma de la traición, y el rechazo por parte de Caín a la fraternidad de Abel es la primera ruptura de las relaciones de hermandad, solidaridad y respeto mutuo.

Dios interviene entonces para llamar al hombre a la responsabilidad ante su semejante, como hizo con Adán y Eva, los primeros padres, cuando rompieron la comunión con el Creador. «El Señor dijo a Caín: “¿Dónde está Abel, tu hermano? Respondió Caín: “No sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?”. El Señor le replicó: ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo» (Gn 4,9-10).

Caín dice que no sabe lo que le ha sucedido a su hermano, dice que no es su guardián. No se siente responsable de su vida, de su suerte. No

se siente implicado. Es indiferente ante su hermano, a pesar de que ambos estén unidos por el mismo origen. ¡Qué tristeza! ¡Qué drama fraterno, familiar, humano! Esta es la primera manifestación de la indiferencia entre hermanos. En cambio, Dios no es indiferente: la sangre de Abel tiene gran valor ante sus ojos y pide a Caín que rinda cuentas de ella. Por tanto, Dios se revela desde el inicio de la humanidad como Aquel que se interesa por la suerte del hombre. Cuando más tarde los hijos de Israel están bajo la esclavitud en Egipto, Dios interviene nuevamente. Dice a Moisés: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a liberarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para importante destacar los verbos que describen la intervención de Dios: Él ve, oye, conoce, baja, libera. Dios no es indiferente. Está atento y actúa.

Del mismo modo, Dios, en su Hijo Jesús, ha bajado entre los hombres, se ha encarnado y se ha mostrado solidario con la humanidad en todo, menos en el pecado. Jesús se identificaba con la humanidad: «el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8, 29). Él no se limitaba a enseñar a la muchedumbre, sino que se preocupaba de ella, especialmente cuando la veía hambrienta (cf. Mc 6, 34-44) o desocupada (cf. Mt 20,3). Su mirada no estaba dirigida solamente a los hombres, sino también a los peces del mar, a las aves del cielo, a las plantas y a los árboles, pequeños y grandes: abrazaba a toda la creación. Ciertamente, él ve, pero no se limita a esto, puesto que toca a las personas, habla con ellas, actúa en su favor y hace el bien a quien se encuentra en necesidad. No sólo, sino que se deja conmover y llora (cf. Jn 11, 33-44). Y actúa para poner fin al sufrimiento, a la tristeza, a la miseria y a la muerte.

Jesús nos enseña a ser misericordiosos como el Padre (cf. Lc 6, 36). En la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10, 29-37) denuncia la omisión de ayuda frente a la urgente necesidad de los semejantes: «lo vio y pasó de largo» (cf. Lc 6, 31.32). De la misma manera, mediante este ejemplo, invita a sus oyentes, y en particular a sus discípulos, a que aprendan a detenerse ante los sufrimientos de este mundo para aliviarlos, ante las heridas de los demás para curarlas, con los medios que tengan, comenzando por el propio tiempo, a pesar de tantas ocupaciones. En efecto, la indiferencia busca a menudo pretextos: el

cumplimiento de los preceptos rituales, la cantidad de cosas que hay que hacer, los antagonismos que nos alejan los unos de los otros, los prejuicios de todo tipo que nos impiden hacernos prójimo.

La misericordia es el corazón de Dios. Por ello debe ser también el corazón de todos los que se reconocen miembros de la única gran familia de sus hijos; un corazón que bate fuerte allí donde la dignidad humana -reflejo del rostro de Dios en sus creaturas- esté en juego. Jesús nos advierte: el amor a los demás -los extranjeros, los enfermos, los encarcelados, los que no tienen hogar, incluso los enemigos- es la medida con la que Dios juzgará nuestras acciones. De esto depende nuestro destino eterno. No es de extrañar que el apóstol Pablo invite a los cristianos de Roma a alegrarse con los que se alegran y a llorar con los que lloran (cf. *Rm* 12, 15), o que aconseje a los de Corinto organizar colectas como signo de solidaridad con los miembros de la Iglesia que sufren (cf. *1 Co* 16, 2-3). Y san Juan escribe: «Si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?» (*Jn* 3, 17; cf. *St* 2, 15-16).

Por eso «es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre. La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia»[20].

También nosotros estamos llamados a que el amor, la compasión, la misericordia y la solidaridad sean nuestro verdadero programa de vida, un estilo de comportamiento en nuestras relaciones de los unos con los otros [21]. Esto pide la conversión del corazón: que la gracia de Dios transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne (cf. *Ez* 36,26), capaz de abrirse a los otros con auténtica solidaridad. Esta es mucho más que un «sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas»[22]. La solidaridad «es la determinación

firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» [23], porque la compasión surge de la fraternidad.

Así entendida, la solidaridad constituye la actitud moral y social que mejor responde a la toma de conciencia de las heridas de nuestro tiempo y de la innegable interdependencia que aumenta cada vez más, especialmente en un mundo globalizado, entre la vida de la persona y de su comunidad en un determinado lugar, así como la de los demás hombres y mujeres del resto del mundo [24].

- ✚ La Eucaristía, celebrada o adorada, nos exige pasar de la indiferencia a la misericordia, desde una auténtica conversión del corazón. ¿crees que has dado este salto cualitativo en tu vida personal y comunitaria? Escribe y comparte por lo menos tres testimonios personales y tres testimonios comunitarios que confirman que han pasado de la indiferencia a la misericordia desde una auténtica conversión del corazón.
- ✚ Escribe 7 resoluciones o determinaciones que desees realizar como fruto del retiro, a la luz de la vivencia y tema meditado sobre la Eucaristía fuente de relaciones fraternas y compromiso con la justicia y la paz.
- ✚ Escribe 7 propuestas concretas y viables, para ser tenidas en cuenta en la provincia, de cómo vivir la Eucaristía como fuente de relaciones fraternas.

Anexo 1

La Samaritana

¡El encuentro con Jesús impacta y cambia la vida!

Junto con la samaritana, vivamos este encuentro transformante con Jesús en tres escenas:

1a. "Jesús, cansado del camino, se sentó tranquilamente junto al pozo". Todo acontece "junto al pozo" regalo de Jacob a su hijo amado José y allí se encuentran: Jesús, el Hijo amado del Padre, con una mujer, símbolo y personificación del pueblo samaritano.

Jesús pide de beber, pero termina Él ofreciéndose como el "Don de Dios" que da agua viva a la humanidad sedienta de vida, esperanza y plenitud: "quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás", indicándonos que él y sólo él sacia los deseos más profundos de felicidad y vida plena que todos llevamos en el corazón; Jesús y sólo Jesús puede ofrecernos salud y vida eterna. Por ello, en este momento, al igual que la samaritana, digámonle: "Señor, dame de esa agua"...

2a. En la segunda escena, a través de un diálogo, que va más allá de las palabras y donde el corazón de la "samaritana" queda totalmente al descubierto, por aquello de los cinco maridos y de la idolatría que hay detrás de ellos, Jesús revela su identidad de Mesías: "Le dice la samaritana: se que vendrá el Mesías, es decir, Cristo. Cuando Él venga nos lo explicará todo. Jesús le dice: Yo Soy, el que habla contigo".

Para Jesús, el Cristo, lo que importa no es el lugar correcto para dar culto, sino el culto correcto: "Los que dan culto auténtico adorarán al Padre en Espíritu y en verdad".

¿Qué significa esto?

El culto verdadero es aquel que se ofrece al Padre en la persona de Jesús, bajo la guía y conducción del Espíritu, para que nuestra vida toda esté orientada hacia Dios.

3a. Llegamos a la tercera escena: "La mujer dejó el cántaro" y se va a anunciar a Jesucristo, a comunicar a los suyos, lo que ha generado en ella ese encuentro con Jesús que ha cambiado su vida entera.

¿Qué significó para la samaritana dejar el cántaro y qué puede significar para nosotros hoy?

Es dejar esos cinco maridos, es decir, dejar todos esos ídolos, a los que ella y su pueblo habían dado culto (leer 2Reyes 17, 24ss) y darle al "sexto marido" que es Yahvé, pero a quien no se le da un culto auténtico y legítimo, porque se realiza fuera del templo de Jerusalén y de alguna manera es un culto cargado de mucho sincretismo (mezcla con otros cultos)

Es dejar atrás su antigua vida de pecado, de errores y equivocaciones: creo que no es sólo cuestión de "símbolo", hay una realidad de búsqueda equivocada de algo o de alguien que la sacie...

Es entregarse por entero a Jesucristo, aceptándolo como su Dios y soberano Señor y convertirse en apóstol y mensajera de una Buena Nueva! En este contexto, pudiéramos decir, que Jesucristo es el "séptimo marido", pero ya no una más, sino Aquel que realmente la llena y sacia su sed de vida y plenitud, que ha estado buscando en pozos que le brindaban agua "turbia" y saciaban su sed de manera "momentánea y pasajera".

¿Entras a la escena o te quedas fuera de ella?

Entremos en la escena, y al igual que la samaritana, vivamos este encuentro transformante con Jesús... somos buscadores y a ratos nos hemos equivocado y bebido cualquier agua sucia, pensado que va a saciar nuestra sed de vida en plenitud.

¡Deja el cántaro!

¡Deja atrás esos ídolos de la fama, el poder, el sexo y el dinero fácil!

¡Deja tus apegos e idolatría a personas!

¡No te quedes en lo momentáneo y pasajero! ¡Deja de ser inediatista!

¡Apuesta por lo que no pasa y llena de veras!

Entrégate a Jesús y acéptalo como tu Señor, tu Dios y Salvador y bebe a chorros de su pozo, bebe esa agua que sacia tus aspiraciones de felicidad, de realización, de plenitud...

Deja que esa agua viva, se convierta dentro de ti en manantial que se desborda hacia los demás, comunicando a Jesucristo desde el testimonio creíble de una vida recta, honesta y transparente que antoja a otros para que busquen y encuentren en Jesús esa felicidad tan anhelada y juntos, desde ese cambio personal, aportemos al cambio de otros y al cambio de nuestra casa común!

¡Queremos Señor Jesús, que sacies con tu agua viva, nuestra sed de vida y plenitud y vengas a vivir y reinar entre nosotros! Amén

Anexo 2

«Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24,12)

Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma 2018 cuyo tema es: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24,12).

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para preparamos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, «signo sacramental de nuestra conversión»,^[1] que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida.

Como todos los años, con este mensaje deseo ayudar a toda la Iglesia a vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia; y lo hago inspirándome en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (24,12).

Esta frase se encuentra en el discurso que habla del fin de los tiempos y que está ambientado en Jerusalén, en el Monte de los Olivos, precisamente allí donde tendrá comienzo la pasión del Señor. Jesús, respondiendo a una pregunta de sus discípulos, anuncia una gran tribulación y describe la situación en la que podría encontrarse la comunidad de los fieles: frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas engañarán a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio.

Los falsos profetas

Escuchemos este pasaje y preguntémonos: ¿qué formas asumen los falsos profetas? Son como «encantadores de serpientes», o sea, se aprovechan de las emociones humanas para esclavizar a las personas y llevarlas adonde ellos quieren. Cuántos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad. Cuántos hombres y mujeres viven como encantados por la ilusión del dinero, que los hace en realidad esclavos del lucro o de

intereses mezquinos. Cuántos viven pensando que se bastan a sí mismos y caen presa de la soledad.

Otros falsos profetas son esos «charlatanes» que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos, remedios que sin embargo resultan ser completamente inútiles: cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece el falso remedio de la droga, de unas relaciones de «usar y tirar», de ganancias fáciles pero deshonestas. Cuántos se dejan cautivar por una vida completamente virtual, en que las relaciones parecen más sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido. Estos estafadores no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitan lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar. Es el engaño de la vanidad, que nos lleva a pavonearnos haciéndonos caer en el ridículo; y el ridículo no tiene vuelta atrás. No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44), presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está llamado a discernir y a examinar en su corazón si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no quedarnos en un nivel inmediato, superficial, sino a reconocer qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien.

Un corazón frío

Dante Alighieri, en su descripción del infierno, se imagina al diablo sentado en un trono de hielo;[2] su morada es el hielo del amor extinguido. Preguntémonos entonces: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?

Lo que apaga la caridad es ante todo la avidez por el dinero, «raíz de todos los males» (1 Tm 6,10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos.[3] Todo esto se transforma en violencia que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas»: el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso,

el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas.

También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos -que en el designio de Dios cantan su gloria- se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte.

El amor se enfría también en nuestras comunidades: en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* traté de describir las señales más evidentes de esta falta de amor. estas son: la acedia egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente, disminuyendo de este modo el entusiasmo misionero.[4]

¿Qué podemos hacer? Si vemos dentro de nosotros y a nuestro alrededor los signos que antes he descrito, la Iglesia, nuestra madre y maestra, además de la medicina a veces amarga de la verdad, nos ofrece en este tiempo de Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno.

El hecho de dedicar más tiempo a la oración hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos,[5] para buscar finalmente el consuelo en Dios. Él es nuestro Padre y desea para nosotros la vida.

El ejercicio de la limosna nos libera de la avaricia y nos ayuda a descubrir que el otro es mi hermano: nunca lo que tengo es sólo mío. Cuánto desearía que la limosna se convirtiera para todos en un auténtico estilo de vida. Al igual que, como cristianos, me gustaría que siguiésemos el ejemplo de los Apóstoles y viésemos en la posibilidad de compartir nuestros bienes con los demás un testimonio concreto de la comunión que vivimos en la Iglesia. A este propósito hago mía la exhortación de san Pablo, cuando invitaba a los corintios a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén: «Os conviene» (2 Co 8,10). Esto vale especialmente en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por

dificultades. Y cuánto querría que también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?[6]

El ayuno, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre.

Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica, para que llegara a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad, dispuestos a escuchar a Dios. Si se sienten afligidos como nosotros, porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad, únense a nosotros para invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos.

El fuego de la Pascua Invito especialmente a los miembros de la Iglesia a emprender con celo el camino de la Cuaresma, sostenidos por la limosna, el ayuno y la oración. Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. Él siempre nos da una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo.

Una ocasión propicia será la iniciativa «24 horas para el Señor», que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar el viernes 9 y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130,4: «De ti procede el perdón». En cada diócesis,

al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

En la noche de Pascua reviviremos el sugestivo rito de encender el cirio pascual: la luz que proviene del «fuego nuevo» poco a poco disipará la oscuridad e iluminará la asamblea litúrgica. «Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu», [7] para que todos podamos vivir la misma experiencia de los discípulos de Emaús: después de escuchar la Palabra del Señor y de alimentarnos con el Pan eucarístico nuestro corazón volverá a arder de fe, esperanza y caridad.

Los bendigo de todo corazón y rezo por ustedes. No se olviden de rezar por mí.

Vaticano, 1 de noviembre de 2017
Solemnidad de Todos los Santos

FRANCISCO

[1] *Misal Romano*, I Dom. de Cuaresma, Oración Colecta.

[2] «Salía el soberano del reino del dolor fuera de la helada superficie, desde la mitad del pecho» (*Infierno XXXIV*, 28-29).

[3] «Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo a la consolación, de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Sabéis por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas. En cambio en la consolación es el Espíritu Santo el protagonista» (*Ángelus*, 7 diciembre 2014).

[4] Núms. 76-109.

[5] Cf. Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 33.

[6] Cf. Pío XII, Enc. *Fidei donum*, III.

[7] *Misal Romano*, Vigilia Pascual, Lucernario.

Anexo 3

Lecturas eucarísticas

I

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy os hablaré de la Eucaristía. La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio.

Lo que vemos cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, la misa, nos hace ya intuir lo que estamos por vivir. En el centro del espacio destinado a la celebración se encuentra el altar, que es una mesa, cubierta por un mantel, y esto nos hace pensar en un banquete. Sobre la mesa hay una cruz, que indica que sobre ese altar se ofrece el sacrificio de Cristo: es Él el alimento espiritual que allí se recibe, bajo los signos del pan y del vino. Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz, anticipo del sacrificio de la cruz, y en aquellas palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo... Tomad, bebed, ésta es mi sangre».

El gesto de Jesús realizado en la Última Cena es la gran acción de gracias al Padre por su amor, por su misericordia. «Acción de gracias» en griego se dice «Eucaristía». Y por ello el sacramento se llama Eucaristía: es la suprema acción de gracias al Padre, que nos ha amado tanto que nos dio a su Hijo por amor. He aquí por qué el término Eucaristía resume todo ese gesto, que es gesto de Dios y del hombre juntamente, gesto de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Por lo tanto, la celebración eucarística es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. «Memorial» no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efecto, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Es por ello que comúnmente, cuando nos acercamos a este sacramento, decimos «recibir la Comunión», «comulgar»: esto significa que en el poder del Espíritu Santo, la participación en la mesa eucarística nos conforma de modo único y profundo a Cristo, haciéndonos pregustar ya ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celestial, donde con todos los santos tendremos la alegría de contemplar a Dios cara a cara.

Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía. Es un don tan grande y, por ello, es tan importante ir a misa el domingo. Ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la Comunión, este pan que es el cuerpo de Jesucristo que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor. Por ello el domingo es tan importante para nosotros. Y con la Eucaristía sentimos precisamente esta pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo. No acabaremos nunca de entender todo su valor y riqueza. Pidámosle, entonces, que este sacramento siga manteniendo viva su presencia en la Iglesia y que plasme nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre. Y esto se hace durante toda la vida, pero se comienza a hacerlo el día de la primera Comunión. Es importante que los niños se preparen bien para la primera Comunión y que cada niño la reciba, porque es el primer paso de esta pertenencia fuerte a Jesucristo, después del Bautismo y la Confirmación. (Papa Francisco Plaza de San Pedro Miércoles 5 de febrero de 2014)

II.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la última catequesis destacué cómo la Eucaristía nos introduce en la comunión real con Jesús y su misterio. Ahora podemos plantearnos algunas preguntas respecto a la relación entre la Eucaristía que celebramos y nuestra vida, como Iglesia y como cristianos. *¿Cómo vivimos la Eucaristía?* Cuando vamos a misa el domingo, ¿cómo la vivimos? ¿Es sólo un momento de fiesta, es una tradición consolidada, es una ocasión para encontrarnos o para sentirnos bien, o es algo más?

Hay indicadores muy concretos para comprender cómo vivimos todo esto, cómo vivimos la Eucaristía; indicadores que nos dicen si vivimos bien la Eucaristía o no la vivimos tan bien. El primer indicio es nuestro *modo de mirar y considerar a los demás*. En la Eucaristía Cristo vive siempre de nuevo el don de sí realizado en la Cruz. Toda su vida es un acto de total entrega de sí por amor; por ello, a Él le gustaba estar con los discípulos y con las personas que tenía ocasión de conocer. Esto significaba para Él compartir sus deseos, sus problemas, lo que agitaba su alma y su vida. Ahora, nosotros, cuando participamos en la santa misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados por familiares y solos... ¿Pero la Eucaristía que celebro, me lleva a sentirles a todos, verdaderamente, como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora? ¿Me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el rostro de Jesús? Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús y queremos compartir, en la Eucaristía, su pasión y su resurrección. ¿Pero amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados? Por ejemplo, en Roma en estos días hemos visto muchos malestares sociales o por la lluvia, que causó numerosos daños en barrios enteros, o por la falta de trabajo, consecuencia de la crisis económica en todo el mundo. Me pregunto, y cada uno de nosotros se pregunte: Yo, que voy a misa, ¿cómo vivo esto? ¿Me preocupo por ayudar, acercarme, rezar por quienes tienen este problema? ¿O bien, soy un poco indiferente? ¿O tal vez me preocupo de murmurar: Has visto cómo está vestida aquella, o cómo

está vestido aquél? A veces se hace esto después de la misa, y no se debe hacer. Debemos preocuparnos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que pasan necesidad por una enfermedad, por un problema. Hoy, nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas nuestros que tienen estos problemas aquí en Roma: problemas por la tragedia provocada por la lluvia y problemas sociales y del trabajo. Pidamos a Jesús, a quien recibimos en la Eucaristía, que nos ayude a ayudarles.

Un segundo indicio, muy importante, es la gracia de *sentirse perdonados y dispuestos a perdonar*. A veces alguien pregunta: «¿Por qué se debe ir a la iglesia, si quien participa habitualmente en la santa misa es pecador como los demás?». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! En realidad, quien celebra la Eucaristía no lo hace porque se considera o quiere aparentar ser mejor que los demás, sino precisamente porque se reconoce siempre necesitado de ser acogido y regenerado por la misericordia de Dios, hecha carne en Jesucristo. Si cada uno de nosotros no se siente necesitado de la misericordia de Dios, no se siente pecador, es mejor que no vaya a misa. Nosotros vamos a misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Dios, participar en la redención de Jesús, en su perdón. El «yo confieso» que decimos al inicio no es un «*pro forma*», es un auténtico acto de penitencia. Yo soy pecador y lo confieso, así empieza la misa. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (1 Cor 11, 23). En ese pan y en ese vino que ofrecemos y en torno a los cuales nos reunimos se renueva cada vez el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados. Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia.

Un último indicio precioso nos ofrece la relación entre la celebración eucarística y *la vida de nuestras comunidades cristianas*. Es necesario tener siempre presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida. Esto significa que la misión y la identidad misma de la Iglesia brotan de allí, de la Eucaristía, y allí siempre toman forma. Una celebración puede

resultar incluso impecable desde el punto de vista exterior, bellísima, pero si no nos conduce al encuentro con Jesucristo, corre el riesgo de no traer ningún sustento a nuestro corazón y a nuestra vida. A través de la Eucaristía, en cambio, Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia, de tal modo que en cada comunidad cristiana exista esta coherencia entre liturgia y vida.

El corazón se llena de confianza y esperanza pensando en las palabras de Jesús citadas en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). Vivamos la Eucaristía con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de atención hacia los necesitados y hacia las necesidades de tantos hermanos y hermanas, con la certeza de que el Señor cumplirá lo que nos ha prometido: la vida eterna. Que así sea. (Papa Francisco *Plaza de San Pedro Miércoles 12 de febrero de 2014*)

III. San Juan Crisóstomo

Cuando les dio pan y sació su hambre llamaban le profeta y trataban de hacerle rey; pero cuando los instruía sobre el alimento espiritual, sobre la vida eterna, cuando los desviaba de las cosas sensibles cuando lea hablaba de la resurrección y levantaba sus ánimos, cuando más que nunca debieran admirarle, entonces murmuraban y se retiraban de El”...

A) Pan de Vida

“Llamase a sí mismo Pan de vida (Jn 6, 48) porque sustenta nuestra vida, tanto la presente como la futura por lo cual añadió El que coma de este pan vivirá para siempre (ibid 51). Y pan llama aquí, o bien a los dogmas saludables y a la fe en El, o bien su propio cuerpo. Pues ambas cosas fortalecen al alma. Pues bien; con ser así que en otra parte, al decir El: Si alguno oyere mi palabra no probará la muerte (Jn 8, 52), se escandalizaron; aquí no les sucedió lo mismo, quizá porque todavía le respetaban a causa de los panes (n.1).

B) El Pan que Yo os daré es mi Carne

"Y de cierto, el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. Justamente pudiera alguno dudar y preguntar aquí por qué habló en esta ocasión tales palabras, que nada edificaban ni aprovechaban, sino más bien perjudicaban a lo edificado... Y si alguno investigara por qué motivo habló también acerca de los misterios (de la Eucaristía) responderémosle que ésta era una ocasión muy oportuna. Porque la oscuridad de las palabras suele excitar a los oyentes y hacerlos más atentos; por tanto, no debieran escandalizarse; antes bien, preguntar e informarse. Mas ellos se retiraban. Pues si le tenían por profeta, debieran creer sus palabras. Así que el escándalo procedía de su necedad, no de la oscuridad de las palabras. ... Pero ellos, al fin, no sacaron fruto de las palabras; y nosotros, en cambio, gozamos del beneficio de las obras. Por lo cual es necesario que nos informemos del milagro de los misterios (eucarísticos) a saber, en qué consisten, por qué se dieron y cuál es su utilidad. Un cuerpo nos hacemos, dice (el Apóstol), y miembro de su carne y sus huesos (Ef 5,30). Sigán los iniciados este razonamiento" (n. 2)

1) La muestra del amor

"Pues bien, para que esto lleguemos a ser no solamente por el amor, sino también en realidad, mezclémonos con aquella carne; porque esto se lleva a cabo por medio del manjar que Él nos dio, queriendo darnos una muestra del vehemente amor que nos tiene. Por eso se mezcló con nosotros y metió cual fermento en nosotros su propio cuerpo, para que llegáramos a formar no todo, como el cuerpo unido con su cabeza. Pues ésta es prueba de ardientes amadores. Y así Job, para darlo a entender, lo decía de sus siervos, de quienes era tan excesivamente amado, que deseaban injerirse en sus carnes; ya que para mostrar su ardiente amor decían: ¡Quién nos diera de sus carnes para hartarnos! (Job 31, 31).

"Pues por eso hizo lo mismo Cristo, induciéndonos a mayor amistad y demostrándonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni sólo permitió a quienes le aman verle, sino también tocarle, y comerle, y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con El, y saciar todas las ansias del amor. Salgamos, pues, de aquella mesa, como leones, respirando fuego

terrible a Satanás, con el pensamiento fijo en nuestro Capitán y en el amor que nos ha mostrado. A la verdad, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para que los sustenten: más yo, dice, no así, antes os alimento con mi propia carne, a mí mismo me presento por manjar deseoso de que todos seáis nobles, y ofreciéndoo buena esperanza, acerca de los bienes venideros. Porque quien aquí se os dio a sí mismo, mucha más se os dará en la vida venidera. Quise hacerme hermano vuestro; por vosotros participé de la carne y la sangre; de nuevo os entrego la carne y la sangre, por medio de las cuales me hice pariente vuestro"

2) Cristo nos compró con su sangre

"Esta sangre era continuamente prefigurada de antiguo en los altares, en las muertes de los justos. Ella es el precio del mundo; con ella compró Cristo la Iglesia, con ella la hermoseó toda entera, pues, a semejanza de un hombre que para comprar esclavos da oro, y si quiere adornarlos emplea oro, así también Cristo con sangre nos compró y con sangre nos hermoseó. Los que de esta sangre participan asisten a una con los ángeles, con los arcángeles y con las soberanas potestades, vestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavía. Vestidos están del mismo Rey"

3) Cómo hay que acercarse a la Sagrada Mesa

"Pero así como es cosa grande y admirable, así mientras te acerques con pureza, te acercas para salud; pero si con mala conciencia, para suplicio y venganza. Porque quien come, dice, y bebe indignamente del Señor, su condenación se corte y se bebe (I Cor 11, 29). Si, pues, los que manchan la púrpura imperial son castigados lo mismo que los que la rasgan, ¿qué hay de extraño en que los que reciben el cuerpo de Cristo con impura conciencia sufran el mismo suplicio que los que le desgarraron con los clavos? Considerar, en efecto, cuán terrible castigo dio a entender San Pablo cuando dijo: Uno que atropella la ley de Moisés, muere sin misericordia, sobre el testimonio de dos o tres, ¡De cuánto peor castigo pensáis que será Juzgado digno quien al Hijo de Dios holló, y reputó indigna la sangre del testamento, con la que fue sacrificado! (Heb 10, 28 SS.).

Miremos, pues, por nosotros mismos, amados (hijos), ya que de tales bienes gozamos, y cuando nos viniera el pensamiento de decir algo torpe o nos viéramos arrebatados de la ira o de alguna otra pasión, reflexionemos de qué beneficios hemos sido objeto, de qué Espíritu hemos gozado; y este pensamiento será freno de nuestros irracionales apetitos. ¿Hasta cuándo estaremos sin despertar? ¿Hasta cuándo nos hemos de cuidar de nuestra salvación? Consideremos que beneficios se ha dignado hacernos Dios; démosle gracias, glorifiquémoslo, no sólo por la fe, sino también por las obras, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén" (n 4). (Fuente Aciprensa)

IV. Catequesis sobre la Eucaristía Juan Pablo II

1. "Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si él es la cabeza y nosotros sus miembros, el hombre total es él y nosotros" (San Agustín, Tractatus in Johannem, 21, 8). Estas atrevidas palabras de san Agustín exaltan la comunión íntima que, en el misterio de la Iglesia, se crea entre Dios y el hombre, una comunión que, en nuestro camino histórico, encuentra su signo más elevado en la Eucaristía. Los imperativos: "Tomad y comed... bebed..." (Mt 26, 26-27) que Jesús dirige a sus discípulos en la sala del piso superior de una casa de Jerusalén, la última tarde de su vida terrena (cf. Mc 14, 15), entrañan un profundo significado. Ya el valor simbólico universal del banquete ofrecido en el pan y en el vino (cf. Is 25, 6), remite a la comunión y a la intimidad. Elementos ulteriores más explícitos exaltan la Eucaristía como banquete de amistad y de alianza con Dios. En efecto, como recuerda el Catecismo de la Iglesia católica, "es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor" (n. 1382).
2. Como en el Antiguo Testamento el santuario móvil del desierto era llamado "tienda del Encuentro", es decir, del encuentro entre Dios y su pueblo y de los hermanos de fe entre sí, la antigua tradición cristiana ha llamado "sinaxis", o sea "reunión", a la celebración

eucarística. En ella "se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquel que es oferente y ofrenda: estos, al participar en los sagrados misterios, llegan a ser "consanguíneos" de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad" (Oriente lumen, 10).

Si queremos profundizar en el sentido genuino de este misterio de comunión entre Dios y los fieles, debemos volver a las palabras de Jesús en la última Cena. Remiten a la categoría bíblica de la "alianza", evocada precisamente a través de la conexión de la sangre de Cristo con la sangre del sacrificio derramada en el Sinaí: "Esta es mi sangre, la sangre de la alianza" (Mc 14, 24). Moisés había dicho: "Esta es la sangre de la alianza" (Ex 24, 8). La alianza que en el Sinaí unía a Israel con el Señor mediante un vínculo de sangre anunciaba la nueva alianza, de la que deriva, para usar la expresión de los Padres griegos, una especie de consanguinidad entre Cristo y el fiel. (cf. san Cirilo de Alejandría, In Johannis Evangelium, XI; san Juan Crisóstomo, In Matthaeum hom., LXXXII, 5).

3. Las teologías de san Juan y de san Pablo son las que más exaltan la comunión del creyente con Cristo en la Eucaristía. En el discurso pronunciado en la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús dice explícitamente: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre" (Jn 6, 51). Todo el texto de ese discurso está orientado a subrayar la comunión vital que se establece, en la fe, entre Cristo, pan de vida, y aquel que come de él. En particular destaca el verbo griego típico del cuarto evangelio para indicar la intimidad mística entre Cristo y el discípulo, *m+nein*, "permanecer, morar": "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 56; cf. 15, 4-9).
4. La palabra griega de la "comunión", *koinonía*, aparece asimismo en la reflexión de la primera carta a los Corintios, donde san Pablo habla de los banquetes sacrificiales de la idolatría, definiéndolos "mesa de los demonios" (1 Co 10, 21), y expresa un principio que vale para todos los sacrificios: "Los que comen de las víctimas están en comunión con el altar" (1 Co 10, 18). El Apóstol aplica este principio de forma positiva y luminosa con respecto a la Eucaristía:

"El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión (koinonía) con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión (koinonía) con el cuerpo de Cristo? (...) Todos participamos de un solo pan" (1 Co 10, 16-17). "La participación (...) en la Eucaristía, sacramento de la nueva alianza, es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de "vida eterna", principio y fuerza del don total de sí mismo" (Veritatis splendor, 21).

5. Por consiguiente, esta comunión con Cristo produce una íntima transformación del fiel. San Cirilo de Alejandría describe de modo eficaz este acontecimiento mostrando su resonancia en la existencia y en la historia: "Cristo nos forma según su imagen de manera que los rasgos de su naturaleza divina resplandezcan en nosotros a través de la santificación, la justicia y la vida buena y según la virtud. La belleza de esta imagen resplandece en nosotros, que estamos en Cristo, cuando con nuestras obras nos mostramos hombres buenos" (Tractatus ad Tiberium diaconum sociosque, II, Responsiones ad Tiberium diaconum sociosque, en In divi Johannis Evangelium, vol. III, Bruselas 1965, p. 590). "Participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida. En la existencia moral se revela y se realiza también el servicio real del cristiano" (Veritatis splendor, 107). Ese servicio regio tiene su raíz en el bautismo y su florecimiento en la comunión eucarística. Así pues, el camino de la santidad, del amor y de la verdad es la revelación al mundo de nuestra intimidad divina, realizada en el banquete de la Eucaristía.

Dejemos que nuestro anhelo de la vida divina ofrecida en Cristo se exprese con las emotivas palabras de un gran teólogo de la Iglesia armenia, Gregorio de Narek (siglo X): "Tengo siempre nostalgia del Donante, no de sus dones. No aspiro a la gloria; lo que quiero es abrazar al Glorificado (...). No busco el descanso; lo que pido, suplicante, es ver el rostro de Aquel que da el descanso. Lo que ansío no es el banquete nupcial, sino estar con el Esposo" (Oración XII). Audiencia General, S.S. Juan Pablo II 18 de octubre, 2000

V. Catequesis sobre la Eucaristía de Juan Pablo II

1. "¡Sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad!". Esta exclamación de san Agustín en su comentario al evangelio de san Juan (In Johannis Evangelium 26, 13) de alguna manera recoge y sintetiza las palabras que san Pablo dirigió a los Corintios y que acabamos de escuchar: "Porque el pan es uno, somos un solo cuerpo, aun siendo muchos, pues todos participamos de ese único pan" (1 Co 10, 17). La Eucaristía es el sacramento y la fuente de la unidad eclesial. Es lo que ha afirmado desde el inicio la tradición cristiana, basándose precisamente en el signo del pan y del vino. Así, la Didaché, una obra escrita en los albores del cristianismo, afirma: "Como este fragmento estaba disperso por los montes y, reunido, se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino" (9, 4).
2. San Cipriano, obispo de Cartago, en el siglo III haciéndose eco de estas palabras, dice: "Los mismos sacrificios del Señor ponen de relieve la unidad de los cristianos fundada en la sólida e indivisible caridad. Dado que el Señor, cuando llama cuerpo suyo al pan compuesto por la unión de muchos granos de trigo, indica a nuestro pueblo reunido, que él sustenta; y cuando llama sangre suya al vino exprimido de muchos racimos y granos de uva reunidos, indica del mismo modo a nuestra comunidad compuesta por una multitud unida" (Ep. ad Magnum 6). Este simbolismo eucarístico aplicado a la unidad de la Iglesia aparece frecuentemente en los santos Padres y en los teólogos escolásticos. "El concilio de Trento, al resumir su doctrina, enseña que nuestro Salvador dejó en su Iglesia la Eucaristía "como un símbolo (...) de su unidad y de la caridad con la que quiso estuvieran íntimamente unidos entre sí todos los cristianos" y, por lo tanto, "símbolo de aquel único cuerpo del cual él es la cabeza" (Pablo VI, *Mysterium fidei*, n. 23: Ench. Vat., 2, 424; cf. concilio de Trento, Decr. de SS. Eucharistia, proemio y c. 2). El Catecismo de la Iglesia católica sintetiza con eficacia: "Los que reciben la Eucaristía se unen más íntimamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia" (n. 1396).

3. Esta doctrina tradicional se halla sólidamente arraigada en la Escritura. San Pablo, en el pasaje ya citado de la primera carta a los Corintios, la desarrolla partiendo de un tema fundamental: el de la koinon|a, es decir, de la comunión que se instaura entre el fiel y Cristo en la Eucaristía. "El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión (koinon|a) con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión (koinon|a) con el cuerpo de Cristo?" (1 Co 10, 16). El evangelio de san Juan describe más precisamente esta comunión como una relación extraordinaria de "interioridad recíproca": "él en mí y yo en él". En efecto, Jesús declara en la sinagoga de Cafarnaúm: "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 56).

Es un tema que Jesús subraya también en los discursos de la última Cena mediante el símbolo de la vid: el sarmiento sólo tiene vida y da fruto si está injertado en el tronco de la vid, de la que recibe la savia y la vitalidad (cf. Jn 15, 1-7). De lo contrario, solamente es una rama seca, destinada al fuego: aut vitis aut ignis, "o la vid o el fuego", comenta de modo lapidario san Agustín (In Johannis Evangelium 81, 3). Aquí se describe una unidad, una comunión, que se realiza entre el fiel y Cristo presente en la Eucaristía, sobre la base de aquel principio que san Pablo formula así: "Los que comen de las víctimas participan del altar" (1 Co 10, 18).

4. Esta comunión-koinon|a, de tipo "vertical" porque se une al misterio divino engendra, al mismo tiempo, una comunión-koinon|a, que podríamos llamar "horizontal", o sea, eclesial, fraterna, capaz de unir con un vínculo de amor a todos los que participan en la misma mesa. "Porque el pan es uno -nos recuerda san Pablo-, somos un solo cuerpo, aun siendo muchos, pues todos participamos de ese único pan" (1 Co 10, 17). El discurso de la Eucaristía anticipa la gran reflexión eclesial que el Apóstol desarrollará en el capítulo 12 de esa misma carta, cuando hablará del cuerpo de Cristo en su unidad y multiplicidad. También la célebre descripción de la Iglesia de Jerusalén que hace san Lucas en los Hechos de los Apóstoles delinea esta unidad fraterna o koinon|a, relacionándola con la fracción del pan, es decir, con la celebración eucarística (cf. Hch 2, 42). Es una comunión que se realiza de forma concreta en la historia: "Perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles y en la

comunidad fraterna (koinon[a]), en la fracción del pan y en la oración (...). Todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común" (Hch 2, 42-44).

5. Por eso, reniegan del significado profundo de la Eucaristía quienes la celebran sin tener en cuenta las exigencias de la caridad y de la comunión. San Pablo es severo con los Corintios porque su asamblea "no es comer la cena del Señor" (1 Co 11, 20) a causa de las divisiones, las injusticias y los egoísmos. En ese caso, la Eucaristía ya no es ágape, es decir, expresión y fuente de amor. Y quien participa indignamente, sin hacer que desemboque en la caridad fraterna, "come y bebe su propia condenación" (1 Co 11, 29). "Si la vida cristiana se manifiesta en el cumplimiento del principal mandamiento, es decir, en el amor a Dios y al prójimo, este amor encuentra su fuente precisamente en el santísimo Sacramento, llamado generalmente sacramento del amor" (Dominicae coenae, 5). La Eucaristía recuerda, hace presente y engendra esta caridad.

Así pues, acojamos la invitación del obispo y mártir san Ignacio, que exhortaba a los fieles de Filadelfia, en Asia menor, a la unidad: "Una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unimos con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo" (Ep. ad Philadelphenses, 4). Y con la liturgia, oremos a Dios Padre: "Que, fortalecidos con el cuerpo y la sangre de tu Hijo, y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu" (Plegaria eucarística III). ©L'Osservatore Romano - 10 de noviembre de 2000

VI. Catequesis sobre la Eucaristía S.S. Juan Pablo II

1. Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si él es la cabeza y nosotros sus miembros, el hombre total es él y nosotros" (san Agustín, Tractatus in Johannem, 21, 8). Estas atrevidas palabras de san Agustín exaltan la comunión íntima que, en el misterio de la Iglesia, se crea entre Dios y el hombre, una comunión que, en nuestro camino histórico, encuentra su signo más elevado en la Eucaristía. Los imperativos: "Tomad y comed... bebed..." (Mt 26, 26-27) que Jesús dirige a sus discípulos en la sala del piso superior de

una casa de Jerusalén, la última tarde de su vida terrena (cf. Mc 14, 15), entrañan un profundo significado. Ya el valor simbólico universal del banquete ofrecido en el pan y en el vino (cf. Is 25, 6), remite a la comunión y a la intimidad. Elementos ulteriores más explícitos exaltan la Eucaristía como banquete de amistad y de alianza con Dios. En efecto, como recuerda el Catecismo de la Iglesia católica, "es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor" (n. 1382).

2. Como en el Antiguo Testamento el santuario móvil del desierto era llamado "tienda del Encuentro", es decir, del encuentro entre Dios y su pueblo y de los hermanos de fe entre sí, la antigua tradición cristiana ha llamado "sinaxis", o sea "reunión", a la celebración eucarística. En ella "se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquel que es oferente y ofrenda: estos, al participar en los sagrados misterios, llegan a ser "consanguíneos" de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad" (Orientale lumen, 10).

Si queremos profundizar en el sentido genuino de este misterio de comunión entre Dios y los fieles, debemos volver a las palabras de Jesús en la última Cena. Remiten a la categoría bíblica de la "alianza", evocada precisamente a través de la conexión de la sangre de Cristo con la sangre del sacrificio derramada en el Sinaí: "Esta es mi sangre, la sangre de la alianza" (Mc 14,24). Moisés había dicho: "Esta es la sangre de la alianza" (Ex 24, 8). La alianza que en el Sinaí unía a Israel con el Señor mediante un vínculo de sangre anunciaba la nueva alianza, de la que deriva, para usar la expresión de los Padres griegos, una especie de consanguinidad entre Cristo y el fiel (cf. san Cirilo de Alejandría, In Johannis Evangelium, XI; san Juan Crisóstomo, In Matthaeum hom., LXXXII, 5).

3. Las teologías de san Juan y de san Pablo son las que más exaltan la comunión del creyente con Cristo en la Eucaristía. En el discurso pronunciado en la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús dice explícitamente: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de

este pan, vivirá para siempre" (Jn 6, 51). Todo el texto de ese discurso está orientado a subrayar la comunión vital que se establece, en la fe, entre Cristo, pan de vida, y aquel que come de él. En particular destaca el verbo griego típico del cuarto evangelio para indicar la intimidad mística entre Cristo y el discípulo, *m+nein*, "permanecer, morar": "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 56; cf. 15, 4-9).

4. La palabra griega de la "comunión", *koinonìa*, aparece asimismo en la reflexión de la primera carta a los Corintios, donde san Pablo habla de los banquetes sacrificiales de la idolatría, definiéndolos "mesa de los demonios" (1Co 10, 21), y expresa un principio que vale para todos los sacrificios: "Los que comen de las víctimas están en comunión con el altar" (1 Co 10, 18). El Apóstol aplica este principio de forma positiva y luminosa con respecto a la Eucaristía: "El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión (*koinonìa*) con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión (*koinonìa*) con el cuerpo de Cristo? (...) Todos participamos de un solo pan" (1Co 10, 16-17). "La participación (...) en la Eucaristía, sacramento de la nueva alianza, es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de "vida eterna", principio y fuerza del don total de sí mismo" (Veritatis splendor, 21).

5. Por consiguiente, esta comunión con Cristo produce una íntima transformación del fiel. San Cirilo de Alejandría describe de modo eficaz este acontecimiento mostrando su resonancia en la existencia y en la historia: "Cristo nos forma según su imagen de manera que los rasgos de su naturaleza divina resplandezcan en nosotros a través de la santificación, la justicia y la vida buena y según la virtud. La belleza de esta imagen resplandece en nosotros, que estamos en Cristo, cuando con nuestras obras nos mostramos hombres buenos" (Tractatus ad Tiberium diaconum sociosque, II, Responsiones ad Tiberium diaconum sociosque, en In divi Johannis Evangelium, vol. III, Bruselas 1965, p. 590). "Participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida. En la existencia moral se revela y se realiza también el servicio real del cristiano" (Veritatis splendor, 107). Ese servicio regio tiene su raíz en el bautismo y su

florecimiento en la comunión eucarística. Así pues, el camino de la santidad, del amor y de la verdad es la revelación al mundo de nuestra intimidad divina, realizada en el banquete de la Eucaristía.

Dejemos que nuestro anhelo de la vida divina ofrecida en Cristo se exprese con las emotivas palabras de un gran teólogo de la Iglesia armenia, Gregorio de Narek (siglo X): "Tengo siempre nostalgia del Donante, no de sus dones. No aspiro a la gloria; lo que quiero es abrazar al Glorificado (...). No busco el descanso; lo que pido, suplicante, es ver el rostro de Aquel que da el descanso. Lo que ansío no es el banquete nupcial, sino estar con el Esposo" (Oración XII).*(Audiencia General, 18 de octubre, 2000)*

BIBLIOGRAFÍA

1. Autores Varios, Comentario al Nuevo Testamento, La casa de la biblia, PPC-Sígueme- Verbo Divino, Madrid, 1995.
2. Léon - Dufour Xavier, Vocabulario de teología bíblica, Herder 1970.
3. S. Juan Pablo II. Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia, Conferencia episcopal ecuatoriana, 2003
4. Autores varios, Comentario bíblico internacional; Verbo Divino, Estella (Navarra) 2000.
5. Constituciones Hermanas Franciscanas de María Inmaculada.
6. San Juan Eudes, Obras Escogidas Tomo II
7. La Vida fraterna en comunidad. PPC 1994